

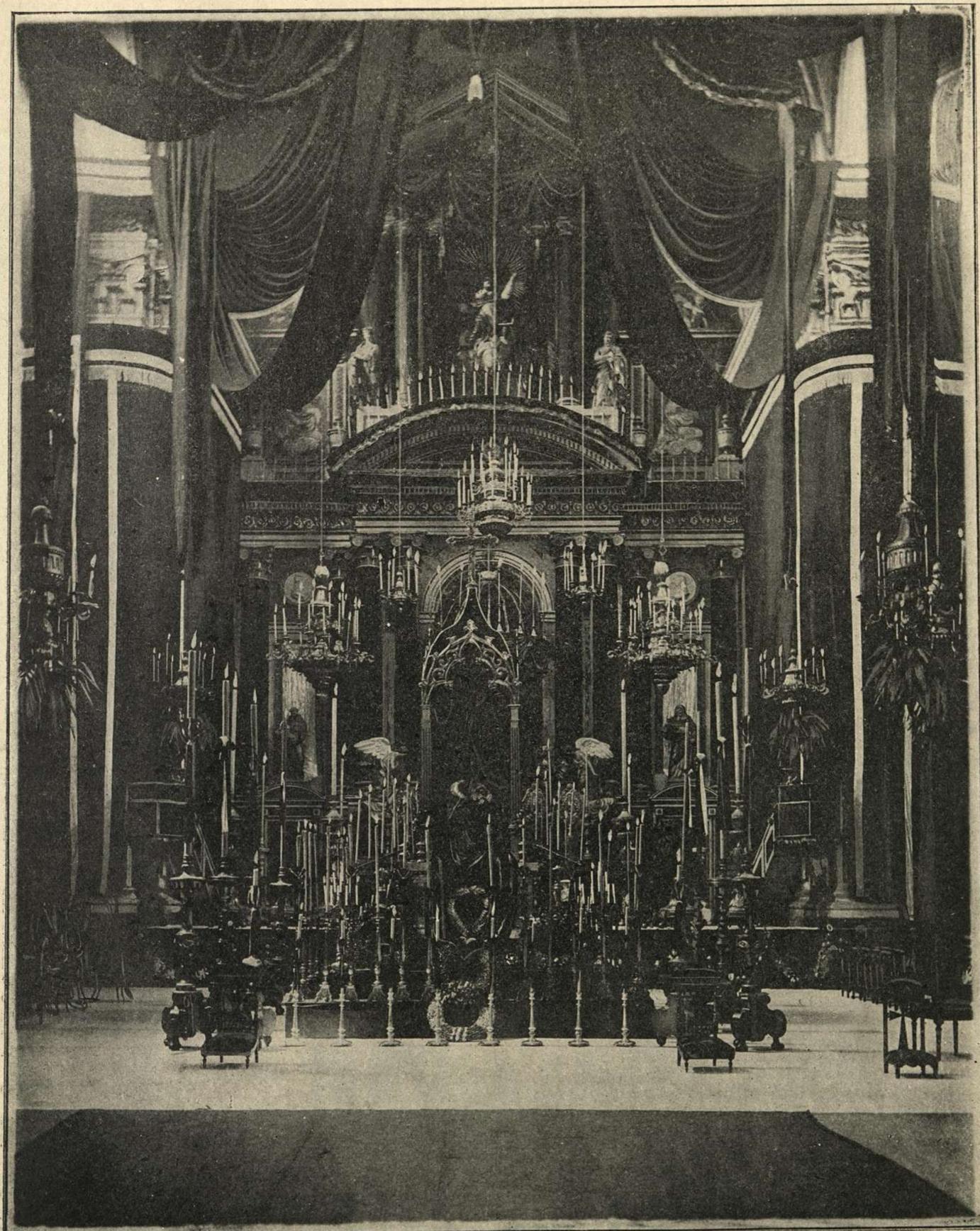
EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 18 de Junio de 1899.

Número 25

Las honras fúnebres de Castelar en el templo de Santo Domingo.



Aspecto del altar mayor el martes 13 del actual, día de la ceremonia.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Las comedias de magia anuncian su temporada en el Teatro Nacional. Bien venidas sean. Tienen, entre nosotros mucho de primitivo y arcaico; pertenecen a la época de los primeros balbuceos de la mecánica escénica, y todas sus mutaciones, tramoyas y desapariciones son de una pueril é ingenua malicia. El viejo tablado de escotillones reclinantes y telares apollados, vuelve á poner en juego sus secretos, á desempolvar sus armatostes, á desenmohecer sus goznes, á untar de aceite sus articulaciones anquilosadas y á renovar las ficciones de antaño para entretener á los niños, de la misma manera que el abuelo se viste con su casaca de juventud para referir á las nietos las proezas y aventuras de su vida.

El Nacional se mandó hacer nuevo decorado, vistas flamantes, apoteosis y rompimientos de gloria, y vestida así á la antigua usanza, divierte las fantasías recién nacidas.

El público iiliputiense va de asombro en asombro, y sin darse cuenta, sin transición, sin dificultad, entra de la mano de la inocencia, en el reino de lo maravilloso.

El coro de risas angélicas, hace inauditas y encantadoras combinaciones rítmicas, en las que se mezclan gritos de pájaros, palmoteos de entusiasmo, tal cual queja inoportuna y comprimida, fragmentos e palabras extrañas, roce de seda y encajes que producen un ruido de alas impacientes.

La chiquillería está alegre hasta el delirio.

Las guirnalda de cabecitas, cada una con su colorido y caprichoso tocado, bordan la barandilla de los palcos. El viejo teatro, fuerte y grande, perorido y maculado por el tiempo, se parece á uno de esos árboles seculares, de corteza áspera y gris, y ramaje nudoso y seco, que, de pronto, en plena primavera, se ven invadidos por cantantes ejércitos de pájaros. Cada palco es una nidada. El aire está lleno de píos y gorgeos. De almita á almita vuela, como una fragancia, el regocijo. El candor está mistificado por la ficción. La infancia está engreída con la magia. ¿Qué sabe de ella, que ha pasado la frontera del desierto de la realidad y que va, á campo traviesa, por los inverosímiles cármenes de la ilusión?

Y entre tanto, un cómico cualquiera, un *Don Junípero*, va, viene, masculla los versos de Harszembuch, se esconde, reaparece transformado por el encantamiento, bulle en un mundo de hechicerías y batalla en una empresa extravagante y ridícula, entremezclada de agudezas inofensivas y de lances burlescos.

Las comedias de magia! Es decir los primeros encuentros con el ensueño, las impresiones primeras de lo fantástico y sobrenatural, los primeros relatos de la imaginación, los cuentos de hadas realizados y vívidos... Bien venidas sean las comedias de magia.

Los que hemos creído, los que hemos sufrido, los que ya no entendemos esas cosas porque rompimos el caleidoscopio de la existencia, los hombres, en fin, los niños grandes, experimentamos una celestial delicia en este cándido espectáculo, en el que no hay nada doloroso, ni cínico, ni vulgar, ni amargo, ni sensual. Oh, no! Cuando los pequeñuelos se entretienen, el mundo nos parece bueno y divinas las comedias de magia. Bien venidas sean.

Bien venidas sean las comedias que hacen reír á los niños y los libros que hacen llorar á las mujeres.

* * *

A Desgracia.—Una alma femenina, exquisitamente enferma de ternura escribió estos renglones: Ya ni los libros que antes fueron nuestra pasión, pueden distraernos. ¿Qué hacer, Dios mío? Si casi todas esas literaturas modernas, enfermizas, palpitantes de dolor, contagiadas de la angustia que ha anegado los corazones en el naufragio de todossus ideales, saben más de tormento que de consuelo; si vienen á salpicar de amargura el *penacho blanco* de las quimeras immaculadas!

Tienes razón, exquisita alma femenina, pero... escúchame.

Un cuento de niños refiere cómo tres jóvenes príncipes, deseosos de alcanzar el amor de una reina, hermosa hasta el ensueño, juran, cruzando sus espadas, partir en busca del talismán que ha de darles la dicha de abrir á un tiempo las puertas de un palacio y el corazón de una mujer. Juntos marchan, y allí donde el camino se divide en tres vericuetos, se abrazan, se despiden, cambian entre ellos juramentos y promesas, y á la memoria de la divina enamorada, apártanse, y cada cual, gallardo y ágil, toma su rumbo, con el pensamiento clavado en un mismo recuerdo, y el anhelo henchido de una sola esperanza. También éstos allá van, borrándose entre el polvo, apresurados y seguros, camino del amor, de la felicidad y de la gloria. Llevan la espada al cinto, la escarcela repleta, el alma rebozante de alegría y un hervidero de sueños tras de las pupilas deslumbradas.

Para combatir les resguarda el pecho la coraza de plata; para cantar, les cuelga del cinto el laúd de ébano, y para vencer les anima la fe en su destino y la celestial epifanía de la prometida.

Tras de maravillosas aventuras, proezas de encanto, encuentros de hadas, batallas de gigantes y lances milagrosos, vuelven los tres príncipes el día en que convinieron, anunciados, á la vez, por la trompeta del heraldo. La corte, preparada en la gran sala, rodea el trono y la reina toda vestida de luz, de brocado y de belleza aguarda á los peregrinos, uno de los cuales, le ha de presentar el talismán, á cuya vista su corazón abrirá las alas, como paloma que despierta, herida por un rayo de sol.

¿Quién es el elegido?—Oh, amiga mía, este cuento, lo sabías quizá desde hace muchos años;—no es el elegido, el bravo príncipe que trae enarcada en la pulida y blanca esfera de su casco una sierpe de oro; llega cargado de laureles y ha vencido en los combates á todos los guerreros y en los juegos florales á todos los trovadores; pero no es ese; no es tampoco el príncipe magnífico, que viene vestido de seda constelada de pedrerías y que anuncia que ha vuelto con los tesoros del Oriente; no es ese; el elegido es el príncipe enamorado que cruzando un bosque en una rosada mañana se acercó á un raudal misterioso y de su orilla cortó una flor, luminosa como una estrella, en cuya corola había una lágrima.

La cortó, pensando en que esa flor simbolizaba su pasión, hecha de luz y de llanto, y era la única joya digna de ser tocada por las invioladas manos de una reina.

Yo lo cuento á mi modo, un poco á la Mendes, á manera de apólogo de la vida;—¿qué otra cosa es la vida si no un cuento de niños?—adórnalo tú y complétalo con tu nueva y florida fantasía, alma femenina, exquisitamente enferma de ternura.

¿Si yo pudiera explicarte la sutileza de este símbolo! Si pudiera decirte que hay todavía poetas modernos, deliciosos poetas del último barco, que pueden llegar á tí, no como los púgiles y tremendos pensadores que han vencido á todas las ideas y han cantado todas las desesperanzas, ni como los magníficos dominadores de la forma, que envuelven su punzante ironía en el manto de gemas de su estilo, sino como el príncipe enamorado, trayéndote, luminosa como un lucero, la flor del amor y de la belleza, en cuyo fondo brilla una lágrima!...

* * *

Guillermo Valencia, un joven poeta americano, ha producido un estremecimiento artístico en el Continente, con su moderno poema: *Anarkos*. Las revistas y periódicos literarios reproducen la obra y la juzgan una gallarda muestra de inspiración y elocuencia. Realmente es una alta poesía, conmovedora y humana, que canta un gran dolor de nuestro siglo; el que ha engendrado ese monstruo sombío, que se arrastra en el fondo de la musería: el anarquismo. EL MUNDO da hoy á conocer á sus lectores estas soberbias estrofas que terminan, tras duras imprecaciones y olímpicos arrebatos de ira, en un delicado y fino retrato de la figura más serena de la época: León XIII.

Guillermo Valencia ha encendido una nueva lámpara en el altar del Arte.

* * *

Lluvia menuda, fino polvo de lluvia que cae sobre la ciudad horas y horas, y que bajas el cielo de plomo, para que lo toquemos, como dice Daudet, con la punta del paraguas, lluvia menuda que todo lo entristece, lo descolora y lo enfría, polvo de lluvia que jugueteas y triscas en las cornisas de las casas, y que estallas en el lodo del suelo con un rumor de abeja. ¿por qué entras tan adentro, hasta el corazón, y allí despiertas la indefinible melancolía de los recuerdos angustiosos y de las aspiraciones irrealizables? Tú que opacas la luz y echas tu cortina de bruma sobre los horizontes, por qué también goteas tus perlas negras, como en una ánfora sombría, en los espíritus enfermos? ¿Que nos traes de doliente, de angustioso, de desconsolador? ¿Qué letra misteriosa y elegiaca tienen tus canciones monótonas?

Ah, Verlaine, pobre Lelian, cuántos, mirando caer esta lluvia menuda, horas y horas en los vahosos vidrios de nuestras ventanas, arrullamos penas y sueños con tu verso sublime: llueve en la ciudad como llueve en mi corazón!



EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

Sentiríamos que se cumpliera el pronóstico pesimista de los autores de los últimos cablegramas que anuncian el probable fracaso de la Conferencia de La Haya; todos los pueblos militarmente débiles, por la escasez de su población ó porque han necesitado concentrar sus recursos en ponerse en condiciones de producir y en procurarse útiles de trabajo, y tal es nuestro caso, deben deplorar de veras que la humanitaria iniciativa de Nicolás II, no produzca un resultado práctico. Como acertadamente se ha dicho, las reglas internacionales que forman el derecho de guerra provienen más bien de las influencias ineludibles de la civilización sobre las costumbres, que de una serie de convenios generales entre las naciones, que pudiesen constituir un verdadero *corpus juris* obligatorio ó bien sancionado. Y una regla precisa y clara es lo que se necesita, aun cuando fuese dura al vencido y al débil como la que puede inferirse del conocido tratado del profesor Bluntschli que mereció la aprobación de un perito de primer orden en materia de dureza y de fuerza, el Feld-Mariscal de Moltke. Los convenios sobre la prohibición de balas explosivas, la abolición del corso, etc., no son por cierto suficientes para dar cuerpo á un código internacional de la guerra; todo es, pues, derecho consuetudinario en estos puntos.

El abuelo del Tsar actual había promovido la reunión de otra conferencia que discutió á fondo puntos interesantísimos y aún llegó á un acuerdo sobre muchos de ellos, mas este acuerdo quedó sin sanción, ni era fácil que la tuviese: nos referimos á la conferencia de Bruselas, que debía ser el preámbulo de otra que se celebraría en Petersburgo, para dar cima á la obra extrayendo de los protocolos de la primera cuanto pudiera reducirse á regla precisa. Inglaterra, en nombre del derecho á la resistencia irregular de los pueblos pequeños, hizo abortivo el proyecto en los primeros meses de 1875 y las cosas quedaron *in statu quo*.

La conferencia bajo la influencia entonces omnipotente del imperio alemán parecía, á primera vista, que sólo había tenido en cuenta el famoso apotegma de Moltke: «puesto que la guerra es un mal, son lícitos todos los medios que conduzcan á abreviarla.» Examinando, sin embargo, atentamente las conclusiones en el *proyecto de declaración internacional*, preciso es convenir en que al rudo principio formulado por el Jefe del Estado Mayor alemán, se añadía esta atenuativa: «sin infligir al enemigo sufrimientos inútiles.» Y de hecho en los artículos del proyecto se especificaba el derecho de los invasores, se ampliaba mucho, se les daba facultad de vivir sobre el país, de organizar sobre la marcha las conquistas y de tratar á los resistentes, cuando no tuvieran algún carácter de regulares, con todo rigor. Y hasta aquí la influencia alemana. Mas la influencia rusa obtuvo que se declarase respetable la propiedad privada, que no se considerase fuera de la ley á quienes, no perteneciendo al ejército, contribuyen á la defensa del territorio invadido, con tal de que de alguna manera se hubiese autorizado su organización y diesen algunas garantías de que respetarían las reglas de humanidad en la lucha y aún las defensas espontáneas de poblaciones, sin autorización de gobierno alguno se consideraban incluidas en el derecho.

Esto y muchas otras cosas resultaban muy bien meditadas y animadas de un espíritu de previsión y de justicia dentro de la fatal necesidad de la guerra. Así es que la conferencia de La Haya, proponiéndose tomar como punto de partida las conclusiones teóricas de Agosto de 1874, agregando cuanto al tribunal de mediación se refiere, ha hecho bien y dado buen cauce á sus trabajos; las resistencias á la adopción de este programa se anunciaban de parte de Inglaterra; ahora resulta que Alemania es el obstáculo, no en cuanto á lo que atañe á los *desiderata* de Bruselas, sino en lo que se refiere al pacto de mediación y arbitraje.

Sería descorazonante un fin de esta especie para tan noble pensamiento; veremos, hay que contar con la dulce tenacidad del autócrata ruso. No sólo tendrá en su historia esta tentativa en favor de la paz del mundo como punto de oro: la supresión de la transportación á Siberia, plaga espantosa de las poblaciones situadas en las comarcas uralo-altáicas y violación perenne de todo sentimiento humano, será un gran timbre de honor para su nombre en la posteridad.

Precisamente, si el tribunal de mediación proyectado en La Haya, estuviese organizado, ya tendría un par de buenos motivos de entrar en acción para evitar dos conflictos que parecen inevitables: el de los Boers y los Ingleses y el de los Suecos y los Noruegos.

Lo saben nuestros lectores: en el sur africano dominan los ingleses; pero su colonia del Cabo, bien reducida, cuando de los holandeses pasó á ellos, ha ido creciendo siempre en dirección del N. y ahora toca en las fronteras del Portugal africano, que ya hubiera salvado si el recelo de los alemanes que se han apoderado de dos trozos de costa en los catetos del triángulo africano y el de los holandeses libres (boers) no los

contuviera. Sería esto cuestión de formar un sindicato anglo-alemán para dividirse la colonia portuguesa: cuestión de tiempo. Porque así como parece probado que á los ingleses individualmente no les gusta ó por lo menos, no deliran por el agua, los ingleses colectivamente, es decir, Inglaterra, sí siente por ella una real pasión. Y desde luego por el agua salada, casi todo el Océano cabe en su copa; mas no juzga incongruente endulzar el amargor del mar con algunas gotas de agua dulce y de aquí el deseo de hacer entrar algunos grandes ríos en su vaso; y no estorba en verdad que esos ríos se lleven en sus márgenes una buena zona de tierra; al principio el agua se enturbia, pero se asienta luego y queda para siempre en el fondo de la copa.

La campaña de Lord Kitchener y el incidente de Fachoda proporcionaron á Lord Salysbury el gusto de brindar en la mesa del corregidor de Londres con todo el Valle del Nilo dentro de su *flute* de Champaña y Mr. Cecil Rhodes que tiene el temperamento agarrador, diremos, de los Clive y los Warren Hastings, quisiera llegar á servirle en una gran damajuana de oro incrustada de diamantes del Cabo al espléndido Zambeze, en mitad de cuya corriente puso ya la mano el leopardo, para lavársela, sin duda.

Ahora bien, enclavados en estos territorios ingleses en crecimiento perpetuo, hay dos libres repúblicas, una pegada por el Norte al gobierno del Cabo, que se llama el Estado de Orange, poblado por ingleses y holandeses, pero de hecho bajo la soberanía inglesa. Y al N. de éste, un territorio de mineros y pastores, holandeses de origen los últimos y muy robustos y muy altivos: los *boers*; la república del Transvaal, que así se llama, bajo la presidencia ó cacicazgo patriarcal del viejo Krüger, lleva una vida bastante precaria, gracias á la presencia de un grupo considerabilísimo de extranjeros ó *uitlanders*, que forman una parte principal de la población activa, sobre todo en los distritos mineros, y que llevan casi todo el peso de los impuestos sobre sus espaldas.

La mayoría de estos *uitlanders*, de origen inglés, aunque los hay de todas las nacionalidades, desearía una transformación completa en la legislación del Transvaal, y que en virtud de ella quedasen aseguradas la abolición de los monopolios que gravan la minería, la independencia de la justicia, á merced hasta hoy del presidente Krüger y una participación en el gobierno del país... y aquí es donde quema. Porque el susodicho presidente y todos sus *burghers* ó *boers* saben bien que los *uitlanders* se harían dueños del país en cuanto se le dé una completa facilidad de nacionalizarse y de votar, y que lo pondrían en manos de Inglaterra.

Cecil Rhodes, antiguo jefe de la liga de los *afrikanders* ó partidarios de la autonomía de las posesiones anglo-africanas, después de haber sido el secreto organizador de la tentativa de conquista del Dr. Jameson, se ha separado de sus antiguos amigos, ha constituido una nueva liga africana y ha hecho de la *Compañía del Africa del Sur*, que tiene su carta del gobierno británico como la antigua Compañía de las Indias, por lo que lleva el nombre, famoso ya, de *Chartered company* un agente de la política imperialista ó de expansión, cuyo corifeo es, en el actual gobierno inglés, el audaz y elocuente Mr. Chamberlain.

Parece, pues, decidido *in pectore* que el gobierno inglés, de grado ó por fuerza, someterá ó dominará por trasmano la república boer; que el pretexto será la reciente petición de los *uitlanders* hecha al gobierno de S. M. B. que cree tener ciertos derechos eminentes sobre el Transvaal (aunque el último tratado no se los reconoce ya) solicitando su intervención para remediar las vejaciones que sufren. Y el gobierno de S. M. B. habría intervenido inmediatamente á no ser porque la minoría de los *uitlanders*, cuyo centro es Johannesburg, ha hecho una contra petición favorable á Krüger y porque gran parte de los *afrikanders* son enemigos del imperialismo. La situación es muy tirante y preñada de amenazas; de ambos lados se hacen preparativos de guerra. Lo grave es que la conferencia de arreglo que debía verificarse entre el presidente y el comisionado inglés Milner en Bloemfontaine se ha interrumpido sin resultado alguno. *El Times* dice: «tenemos las manos libres» y si en lugar de manos leemos garras, convendremos en que una de estas noches habrá una sangrienta y opípara cena en el Africa del Sur. Toca de derecho el toaít á Mr. Rhodes.—Al cerrar esta revista nos dejan entender los *cables* de Londres que en la Cámara misma de los Comunes habría su resistencia á llevar las cosas á términos violentos, y en verdad, que sería este un gran abuso de fuerza; aun se deja entender que el Ministro de las Colonias dimite. No lo creemos, Mr. Chamberlain tiene demasiada importancia en el *unionismo*, para que los señores Salysbury, Goschen y Balfour consintieran en su retirada.

* *

Los suecos y los noruegos, que forman una unidad geográfica desde las edades geológicas y política desde 1814, quieren separarse aun cuando sea rompiéndose las crismas. Es decir, no; Suecia no quiere la separación, al contrario, está resuelta á mantenerla aun por la fuerza: claro, dicen los noruegos, como

que ella se ha hecho la parte del león; ella nombra los cónsules y los ministros diplomáticos y se arroja una superioridad que no debe tener. La verdad es que son dos grupos de la familia escandinava que no congenian, ni hablan casi la misma lengua; Noruega forma en este grupo con Dinamarca y no con Suecia. Ni tienen la misma organización social; Noruega es profundamente democrática, Suecia es fundamentalmente aristocrática y la dinastía del antiguo soldado de los ejércitos revolucionarios franceses, se ha avenido perfectamente al ceremonial y á las preocupaciones de los suecos.

Los noruegos quieren su autonomía completa; ¿completa? La verdad que yo no sé cómo entienden esto, ¿quieren una dualidad? ¿Quieren expulsar del trono de Noruega á los nietos de Bernadotte? Es un hecho que el republicanismo hace más prosélitos cada día; pero sobre todo, las tendencias separatistas. El gran explorador polar Nansen enarboló entre los hielos árticos la bandera separatista, sin la cruz que simboliza la unión. Y los dos más grandes poetas que Noruega tiene y le envidia Europa, B. Bjærnsen y H. Ibsen, son los corifeos del movimiento. Todo lo que aquí no sea una transacción, sería una desgracia.

* *

Los lectores del MUNDO ILUSTRADO están al cabo de los graves asuntos de Francia: saben que el Tribunal Supremo declaró revisable el proceso Dreyfus; que esto coincidió con la absolución de uno de los jefes de la porción gritona y levantisca del pueblo de París, Paul Derouede, por un jurado mal dirigido; no ignoran que en una fiesta hípica, los mismos que habían organizado esta diversión muy estimada de la gente de dinero, de los gomosos de la aristocracia que no se respeta y de las grandes impuras, habían complotado una manifestación injuriosa contra el Presidente de la República, y le dieron la forma, que creyeron probablemente la más *smart*, de unos bastonazos propinados al Jefe del Estado, por uno de los *clubmen*. Y de aquí la innoble ocurrencia del conde Christiani.

Esto fué miel sobre hojuelas para M. Loubet; la tremenda indignación que produjo el ultraje, levantó á las nubes su popularidad; todos los republicanos de todos los matices se unieron en una protesta, y de esta protesta nació la manifestación de Longchamps. ¿Y qué diablos es lo que reprochan á este excelente ciudadano y hombre de bien? Pues no se sabe; según una carta del delicioso poeta y deplorable político, recién convertido François Coppée, M. Loubet debió haberse manifestado resuelto á sostener al ejército (pues claro es que lo está), aun contra la justicia (pues claro es que esto sería infame é imbécil). Y de aquí la ira y la imputación archicalumniosa de *panamista* que le regalan los energúmenos de la talla de los Sres. Drumond y Rochefort.

Para reencender en Francia el fuego republicano, no hay cosa mejor que herir el profundo sentimiento igualitario del pueblo, y de esto se encargaron los marqueses insultadores de Auteuil. Como por ensalmo unieron en contra suya á los elementos republicanos desde el sonrosado de los partidos de moderación y gobierno hasta el rojo vivo de los radicales y socialistas. No podía impedirse á éstos manifestar en favor de la República y de M. Loubet; pero era preciso tener el ojo sobre ellos, no fueran á aprovechar la oportunidad para convertir una manifestación republicana en una contra el ejército. Esto habría sido oro en polvo para los que proclaman que salvar á un inocente es deshonorar al ejército. M. Dupuy, que es un hombre enérgico, dió sus instrucciones á la policía con el indicado laudabilísimo fin. Mas la policía, según parece, no sólo puso el ojo sobre los socialistas, sino también la mano. Y aquí fué Troya. Vinieron las habituales interpelaciones furiosas y descompuestas, y en el voto de una orden del día quedó en minoría el Ministerio Dupuy, que dimitió en seguida. El presidente admitió la dimisión que hacía tiempo deseaba.

El Ministerio Dupuy contenía excelentes elementos: Delcassé, apenas inferior á De Hannotaux en el manejo de los asuntos exteriores; M. Freycinet, en sus comienzos, y el mismo Dupuy. Pero en realidad, no era simpático ni á los centros, ni á los extremos republicanos en la Asamblea; había tergiversado mucho, había hecho muchas vanas promesas, había tomado el partido de ser optimista cuando todos veían de bulto la difícilísima situación de la República. Pero hay que confesar que el pretexto escogido para derrocarlo fué desgraciado por todo extremo: la policía, el blanco de las iras de los revolucionarios socialistas ó monarquistas, había cumplido con su deber, y el orden había reinado en la manifestación de Longchamps: hubo sus excesos de celo; claro, y no era posible evitarlos. Si vierais, lectores, lo que es una manifestación popular en París. me lo contaríais, porque yo no las he visto; mas vosotros y yo nos las figuramos. Millares de franceses obligados por su idiosincracia á saltar, á reír, á discutir y á gritar, exaltados por la pasión política y, en este caso, hasta por el odio de clases, ha de ser algo *sui generis* capaz de hacer perder la cabeza á todas las policías del mundo, operando de concierto. Dupuy prometió investigar y justipreciar los casos de abuso y

castigarlos. ¿Podía hacer más? Cubrió con toda su responsabilidad al cuerpo encargado de velar por el orden. Muy bien; el gobierno que esto no hiciera, no sería digno de llamarse así. Y sobre este terreno fué derrotado. Pretexto, ya lo dijimos, pero desgraciadísimo.

Ahora bien, lo delicado, lo difícil en estas repetidas crisis ministeriales que desorientan la opinión, enervan al país y lo desinteresan de la cosa pública es, en primer lugar, el desprestigio que de tamaño inestabilidad, reporta el régimen parlamentario. Pues bien, la república ó es parlamentaria ó no es. Eso de repúblicas plebiscitarias que grita M. Derouede es pura sofama: lo que se pide con esto es un cesarismo y nada más y nada menos. Es cien veces preferible la monarquía constitucional.

Y, en segundo lugar, el ejército, cuya oficialidad se compone en buena parte de los hijos de la nobleza vieja y de la dorada y nueva nobleza, está inquieto y nervioso. Las amenazas á los jefes más conocidos lo soliviantan y conmueven; un régimen militar, la bandera tricolor en manos de un descendiente del héroe de Jemmapes ó del héroe de Iena, es para muchos militares un ensueño. Los ataques que los exaltados revisionistas y los anarquistas le han enderezado con impatriotismo supremo, le han hecho perder el apego que por la República tenía ya la oficialidad desde la alianza rusa. Con todo, el servicio obligatorio ha llevado á los cuadros masas profundas de hombres devotos á la democracia y una tentativa de restauración monárquica sería en el mismo ejército la señal de la guerra civil. Mantener el orden, tranquilizar al ejército y proseguir la obra de justicia trazada por la Corte de Casación, he aquí el problema para los nuevos ministros.

Y si yo fuese (no lo pretendo) el Presidente de la República francesa, compondría mi ministerio así: Ministro de justicia y jefe del Gabinete M. Waldeck Rousseau, el personaje más importante de la República, sin duda; descubrió su mérito el ojo único, pero infalible de Gambetta;—de Hacienda, M. Pomcaré, muy joven, muy inteligente, muy honrado;—de Relaciones, M. Hannotaux, irreprochable;—de la Guerra, M. de Freycinet, el único civil popular en el ejército y apto para el caso. Si no, un militar ¿por qué no el general de Gallifet?—de Instrucción pública, Bourgeois, prenda dada á los radicales, inmejorable en este ramo;—del Interior, M. Deschanel, gran orador, muy enérgico, muy cuerdo, la cortesía y el talento personificados;—de las Colonias, Barthou, valiente, elocuente y firme; etc.

Si con estos médicos la república no se salvaba, es porque está ya muerta. Voy á acomodar aquí un latín (de Tácito, con perdón vuestro) que hasta mis lectores entenderán, porque yo sólo se el latín que entienden los que no lo saben: *principes mortales rempublicam eternam esse*.

Justo Sierra

Por qué los poetas viven poco.

El organismo humano es una máquina, delicada, finísima, de maravillosa y perfecta estructura que marcha con magestuosas elegancias de péndulo, que funciona con delicadezas y precisiones de cronómetro y que en momentos dados tiene explosiones de caldera y erupciones de volcán. Es además una máquina de fuego, como hubieran dicho los contemporáneos de Fulton, es decir que todo su poder efectivo y toda su potencia intrínseca las toma del calor, de la combustión general y continua de su propia sustancia.

Pocas gentes imaginan que llevamos una hornaza interior, que, sin metáfora estamos perpetuamente ardiendo vivos, que somos braseros ambulantes, que como los anafes de nuestras cocinas, quemamos carbón, consumimos oxígeno y desechamos vapores y cenizas.

Los pulmones son un poderoso ventilador que aerea la fragua y la alimenta, y en la intimidad de todos nuestros tejidos, en los recónditos vericuetos de todos nuestros órganos, en las envolturas y núcleos de nuestras celdillas, arde tenaz y persistente un fuego que sólo se extingue con la muerte.

El calor emanado de ese foco de combustión, se transforma en fuerza mecánica en la fibra muscular; en conmoción, en la celdilla cerebral; en corriente, en el hilo nervioso. El esfuerzo, el impulso, el empuje son calor transformado y carbón consumido y lo son igualmente las sensaciones, los pensamientos, las emociones.

Sometida, como todas, á las leyes de la mecánica, la máquina humana no funciona, no trabaja, no puede producir ninguna acción ni resistir ninguna impresión sin un gasto correspondiente, no sólo del combustible sino también sin un deterioro correspondiente al esfuerzo producido material ó moral. La máquina dura más ó menos en razón del trabajo á que se le somete, del cuidado que con ella se tiene y del combustible con que se la alimenta y la duración de la vida humana es una resultante á la vez de la ali-



EL SR. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA PRESENCIANDO LAS PRUEBAS DEL CAÑON ENVIADO EXPONTANEAMENTE A NUESTRO GOBIERNO POR LA CASA KRUPP DE ALEMANIA.

mentación que se consume, de la higiene que se observa y del trabajo á que se da cima.

El maximum de la vida humana lo dan los campesinos lentos y metódicos en el trabajo, que viven al aire libre entre las vivificantes emanaciones de los campos, dotados de apetito voraz y de digestión vigorosa, secuestrados en su aislamiento y su soledad al embate de las grandes emociones, á las tempestades pasionales, á los sacudimientos y agitaciones de la vida activa y complicada.

El minimum se presenta en los mineros sepultados en vida en la obscuridad de las galerías subterráneas, semiasfixiados por el aire confinado, agotados por el trabajo rudo y antihigiénico y alimentados en razón inversa de su hambre y de las exigencias de su labor.

Los fogoneros de los grandes trasatlánticos, los obreros de los centros poblados, recludos y aglomerados en mal sanos talleres, trabajando diez ó doce horas al día y consumiendo diez y seis onzas de pan y medio litro de alcohol, se marchitan como los trigos de los altares de Dolores y sucumben tísicos y exhaustos en su primera juventud.

El trabajo industrial es el Minotauro devorador de existencias, y que exige tributo abundante de vidas humanas; el trabajo mental parece más compatible con la vida y la longevidad es mayor entre pensadores y artistas que entre jornaleros y obreros.

Pero el trabajo mental es un Proteo de incontables formas y entre los obreros de la inteligencia, los artistas en general y los poetas en particular viven po-

co y mueren pronto consumidos y aniquilados por las existencias peculiares de su vida.

Esa diferencia se explica y se comprende. El fenómeno mental más enervante, el que agota y consume más es la emoción. Llegadas á cierta intensidad las emociones hacen envejecer en momentos. María Antonieta encaneció la noche anterior á su ejecución; hay mujeres que envejecen en un año de viudez, lo que no envejecerían en diez. En los grandes pánicos: naufragios, terremotos, incendios, se ven gentes á quienes el siniestro sorprendió jóvenes y que quedan después de él agotadas, encanecidas, surcadas de rugos como en la edad proveyta. La cólera, el rencor, la ambicion comprimida, la codicia burlada, el amor despreciado, el deseo no satisfecho agotan como la tuberculosis; se viven siglos en un momento de emoción suprema y la máquina humana suele no resistir á sacudimientos rudos y á esfuerzos sobrehumanos; el resorte distendido se rompe y la caldera calenta la al rojo estalla.

No todas las emociones enervan y consumen á igual grado; las hay dulces y tiernas, regocijadas y expansivas, moderadas y deliciosas que parecen fomentar la vida, dar tono á sus funciones, estimular y prolongar su actividad. Son las emociones bruscas, las explosiones súbitas, los sacudimientos rudos é imprevistos, los que agobian y aniquilan. Ahora bien; el artista vive de emociones, se crea artificialmente un mundo imaginario en que se codean y dan cita todas las pasiones humanas. Crea, y vive en sus evocacio-

nes, encarna en sus personajes, goza y sufre con ellos, afronta odios, sufre desengaños, resiente injurias, recibe heridas, lanza dardos, fulmina rayos. Su espíritu no es un espejo terso, brillante y frío que recibe pasivamente y refleja las impresiones exteriores: los desfiles de luchadores y los hacinamientos de vencidos, las teorías de ambiciosos y los amontonamientos de desengañados, las procesiones de fanáticos y los calvarios de mártires; no, su alma es un vasto escenario en que se libran combates, se cumplen venganzas, se anudan y desenlazan dramas, se encadenan epopeyas. En ese escenario el poeta es el protagonista y en su corazón palpitan las emociones de todos sus personajes. El poeta, el verdadero, es legión; si pinta el adulterio sufre las angustias de la infiel á la vez que las torturas del abandonado; si desliza los dramas de la ambición resiente á la vez las inquietudes del ambicioso y los odios de sus rivales; en un crimen, experimenta el terror de la víctima y también el furor del asesino, y si cuenta amores ama como el galán y como la dama, doblemente y en doble forma.

Un poeta verdadero, si canta la muerte de César, experimenta á la vez infinita amargura con la víctima y odio inextinguible con Bruto; si los tormentos de Prometeo, sufre sus dolores y resiente los sangrientos apetitos del buitre; Shakespeare dudó con Hamlet, amó con Romeo, sintió celos con Otello y envidias con Yago. Dante fué Ugolino, como fué Fancisca, y sufrió por la justicia con todos los desheredados; Byron libó todos los néctares y todos los cálices, lo



LA COMISION TOMANDO LOS DATOS PARA PRESENTAR SU INFORME AL SR. PRESIDENTE.



ARCO DE LA PAZ.—LEON.

corroyeron todos los vicios de D. Juan y todos los excepticismos de Manfredo.

Así sacudida y traqueada por todos los dolores como enervada por todas las voluptuosidades, el alma del poeta vive con todas las almas, es una síntesis y un resumen de todas las vidas, un aparato registrador de todas las emociones y una barca sacudida por todos los oleajes.

De ahí que viva mucho y muera pronto; que la caldera, expuesta á presiones excesivas, no tarde en estallar; que el mecanismo sometido á choques bruscos y á frotamientos rudos no tarde en deformarse, en tropezar y de súbito en rehusarse á funcionar. Las formas modernas que reviste el estro poético, con refinamientos sibaríticos, con exquisiteces patológicas, dada á menudo á lo siniestro y á lo macabro con Baudelaire; á lo profundamente triste y á lo irremediablemente excéptico con Musset; á lo lúbrico y á lo bajo con otros mil, son todavía más funestas y más mortíferas. Fray Luis de León hubiera podido vivir siglos, porque sólo experimentó emociones dulces, como el expansivo Cervantes y el cómicamente satírico Lope de Vega; pero Byron y Musset tuvieron que morir jóvenes, Baudelaire acabó loco, Gerardo de Nerval y Acuña, suicidas.

Si no hubiera poetas calculadores y reflexivos, á la vez que inspirados, como Víctor Hugo; si otros como Milton y Shakespeare, no estuvieran forjados de acero inglés; si muchos no tuvieran buenas costumbres y huyeran del desorden y del vicio, como Justo Sierra, el estado de poeta sería incompatible con la vejez.

En nuestra raza y en nuestro medio, esos estragos

son más perceptibles. Los poetas latinos son, en general, fogosos, y los latino-americanos volcánicos. Sienten más, gozan y sufren á un diapason más agudo y se agotan y extinguen en general más pronto. Flores de invernadero brotadas prematuramente al calor tropical, pasan en un día de botones frescos á pétalos marchitos, y rara vez esas cabezas volcánicas llegan á coronarse con las augustas nieves de la vejez.

DR. M. FLORES.

NUESTROS GRABADOS.

El altar mayor del Templo de santo Domingo.

La muerte del egregio Castelar no podía menos de afectar hondamente á la Colonia Española, la cual dispuso una pomposa ceremonia fúnebre en el templo de Santo Domingo, á la que asistió, como era de esperarse la sociedad de México que tiene por el Señor Castelar la más alta admiración. El hecho significativo de la presencia de la

Señora Romero Rubio de Díaz en esa ceremonia, patetiza el sentimiento público nacional, elocuentemente manifestado anoche en la velada que los alumnos de la Escuela de Jurisprudencia consagraron á la memoria del gran republicano español.

Las pruebas del cañón Krupp

ENVIADO

A NUESTRO GOBIERNO.

Enterada la casa constructora de cañones Krupp, de que el Gobierno mexicano había mandado construir en la Fábrica de Saint Chamond, en Francia, varias baterías de cañones, del sistema ideado por el Teniente Coronel Manuel Mondragón, la casa Krupp construyó espontáneamente, un cañón semejante en calibre y dimensiones al Mondragón y lo envió de Alemania á México.

Una vez en esta Capital la poderosa máquina de guerra y presentada que fué á la superioridad, ésta

ordenó que fuera estudiada por una comisión de Jefes de la Plana Mayor Facultativa de Artillería, nombrada especialmente para el caso y que fué integrada por los Sres. General Coronel Ignacio Salamanca, Coronel Juan Quintas Arroyo y Teniente Coronel Gilberto Luna, como Presidente y vocales de ella, respectivamente, y como Secretario con voto, el Capitán 1º Don Manuel M. Velázquez.

El modelo de cañón enviado, que pertenece á las clasificadas entre los de «Artillería de Montaña,» es del sistema de tiro rápido y de 70 milímetros de calibre y fué traído con toda clase de reservas y precauciones, por el representante de la Casa Krupp, señor Poble Begnerd.

La comisión estudió el mecanismo de dicho cañón, así como su peso y sus cargas, fraccionadas, á locomóvil de mula, y cuando el estudio técnico estuvo concluido, procedióse á las pruebas de fuego, en el Polígono de San Lázaro, y en presencia del Señor Presidente de la República.

Estas pruebas son las que representan nuestros grabados, tomados de fotografías directas.

En el primer grabado, se ve al Coronel Quintas Arroyo, después de haber apuntado personalmente el cañón, en el momento que ordena se haga el disparo, y al Sr. General Díaz, viendo á través de sus anteojos de campaña el resultado de la granada proyectil, al dar en el blanco.

La segunda fotografía fué tomada después de las pruebas de fuego, en el momento en que los comisionados respectivos dan cuenta al señor Presidente de la República, de las velocidades iniciales recorridas por los proyectiles del cañón en estudio.

Sabido es el interés con que se estudia por todas las naciones, cualquiera modificación hecha en la artillería, factor decisivo en las guerras modernas, y por eso no es de extrañarse que en los grabados se vea tan gran número de oficiales mexicanos, que ansiosos de conocer el nuevo cañón, acudieron á las pruebas, á tomar las notas que creyeron convenientes para sus estudios.

Las pruebas á que nos referimos, han sido de las



DEPARTAMENTO JUDICIAL EN LA CARCEL PUBLICA DE OAXACA.



UNA EXPOSICION ARTISTICA EN EL CASINO NACIONAL.



EL SR. PATRICIO MILMO.

más concurridas, pues además del Señor Presidente de la República, asistieron á ellas el Señor Secretario de la Guerra, General Felipe B. Berriozabal, el Sr. Ministro de Alemania, el Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra, Sr. Alejandro Pezo, el Jefe del Departamento de Artillería, Sr. General Jesús F. Jiménez, los representantes de la Casa Krupp y multitud de Jefes y Oficiales, especialmente de Artillería.

ARCO DE LA PAZ LEON.

El magnífico Arco de la Paz que se levanta en el Paseo de la Calzada de la ciudad de León es una de las obras más bellas entre tantas que dejará en el Estado de Guanajuato la actual Administración.

La altura del intercolumnio desde la base del pedestal hasta el saliente de la cornisa mide cerca de quince metros y la altura total es de diez y ocho metros treinta y seis centímetros, dato que puede indicar perfectamente la hermosura monumental de esta delicada obra de arte.

El costo de ella no baja de \$ 17,000 y se construyó en los meses corridos del 1º de Noviembre de 1893 á Marzo de 1897.

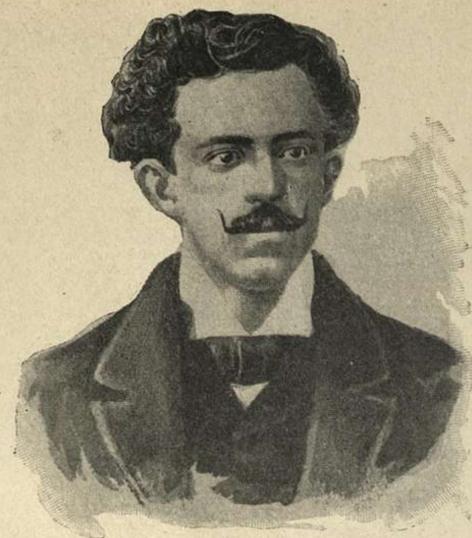
El Señor Patricio Milmo.

Presentamos el retrato de este acaudalado banquero de Monterrey muerto el día 15 de Febrero del corriente año. El señor Milmo era irlandés y muy joven vino á México, radicándose en Monterrey al lado de su tío el Sr. Santiago Milmo, de cuya casa mercantil se hizo á poco jefe, desarrollando los negocios de ella y formando nuevos ramos de especulación.

Su espíritu de empresa lo llevó por caminos nuevos en la banca y en el comercio, siendo uno de los que más han contribuido á implantar en el país los sistemas modernos de cambio y de las instituciones bancarias hoy perfectamente conocidos en toda la República.

En 1857 se casó el señor Milmo con la virtuosa dama Doña Prudenciana Vidaurri, hija del célebre General Don Santiago Vidaurri, y tuvo de su matrimonio varios hijos de los cuales viven cuatro. Mr. E. Kelly, banquero de Nueva York y el Príncipe Ratswill, noble polaco, contrajeron matrimonio con dos de las hijas del señor Milmo.

Creese que los sucesores del señor Milmo continuarán el manejo de los negocios de la casa, con el acreditado nombre del fundador de ella, gracias al cual ha sido y es una de las más fuertes y prestigiadas de la República.



GUILLERMO VALENCIA,
Autor del poema ANARKOS.

(Vease La Semana).

EL PALACIO DE KENSINGTON.

En este «Palacio dentro de un jardín,» como dijo Lord Beaconsfield, nació y fué bautizada la Reina Victoria; allí fué llamada al trono y presidió su primer Consejo de Ministros; allí se despidió para siempre de su madre.

Evocando los grandes recuerdos de su vida, fué á visitar esa morada el día de su cumpleaños. Los periódicos ingleses, amantes de la tradición y respetuosos como no puede menos de serlo quien aprecia el alto valor de las instituciones estables, han prodigado á su reina todos los testimonios de la más absoluta fidelidad, reproduciendo vistas diferentes de este palacio, que es uno de los más conocidos de la Gran Bretaña.

Las proporciones en el arte monumental.

¿Cómo se determina con precisión las proporciones de una obra monumental? ¿Cómo se aprecia el efecto que han de producir las masas y las siluetas, el aspecto general en una palabra?

Se ha ensayado el procedimiento costoso é imperfecto de las telas pintadas, de los maniqués de madera, etc. Sobre que no producen el resultado que se busca, son á veces imposibles: ¿cómo hacer por ejemplo un manequí de la estatura de la Libertad, de New York?

El procedimiento de Bartholdi es infalible y además sencillísimo. Se hace una fotografía del proyecto, tomándola de un modelo en gran relieve y bien iluminado, y teniendo cuidado de colorear la prueba con el tono de los materiales que hayan de emplearse. Se recorta la fotografía como los soldaditos de plomo de los niños y se pega la silueta en la extremidad de un alambre dejándole largo cabo. Se fija una mira en el lugar que debe ocupar el monumento graduándola con señales visibles, y á una distancia conveniente se enrolla el alambre en un bastón ó paraguas colocándolo como para disparar un fusil y de modo que la silueta quede libre en el espacio.

La proyección de la imagen de la silueta produce una ilusión completa, sobre todo si la fotografía recibe luz favorable. Así se puede juzgar con precisión el efecto que producirá el monumento, graduándose las dimensiones en la mira.

Esta experiencia, empírica en la forma propuesta, se basa en los principios geométricos que rigen las proporciones de los planos paralelos que cortan un ángulo y por lo mismo puede hacerse con instrumentos de precisión.

Bartholdi ha obtenido los mejores resultados y es él quien lo recomienda á los escultores y arquitectos.

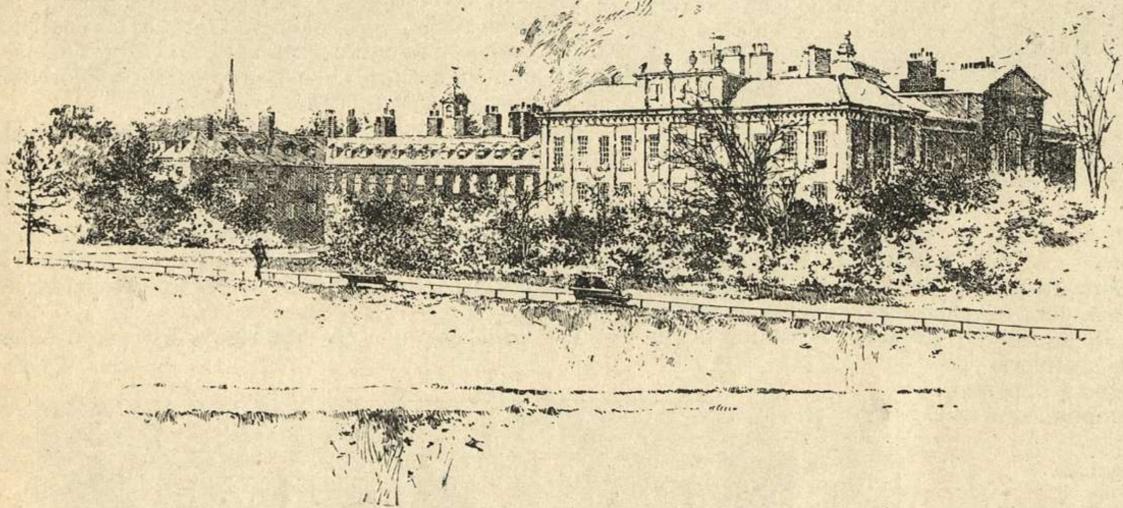
LA CONFERENCIA DE LA PAZ.

Ya en la sección destinada á la Política Exterior se ha venido tratando del problema, ó de los problemas mejor dicho, que tiene bajo su esfera de estudio y acaso desgraciadamente no dentro de la posibilidad de un acuerdo unánime la Conferencia convocada por el Tsar.

Publicamos hoy con una vista general de la Sala de Sesiones ocupada por la Conferencia en el Palacio del Bosque, los retratos de los jefes de la representación enviada por las potencias principales, Rusia, Alemania, Italia, Austria, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos.

Decimos que estos son los jefes, pues con ellos han enviado las naciones, á generales, marinos, profesores de derecho, etc.

Cuando sea historiable ya y se conozca la acción personal de cada uno de los miembros de la Conferencia, publicaremos los retratos, omitidos hoy, no por creerlos de escasa importancia, sino por esperar la oportunidad para hacerlo.



EL PALACIO DE KENSINGTON, DONDE NACIO LA REINA VICTORIA.

DEPARTAMENTO JUDICIAL EN LA CARCEL PUBLICA DE OAXACA.

Según los datos de la Jefatura Política de Oaxaca, en la parte occidental de la Cárcel Pública de esa capital se acabó de construir el local destinado al despacho de los Juzgados 1º y 2º del Ramo Penal, en la planta alta, y en la baja la Sala de audiencias, Alcaidía, Cuerpo de Guardia, etc., decorándose y amueblándose convenientemente todas las oficinas.

El costo de las obras respectivas es de \$ 21,443 de los cuales da \$ 3,500 el Municipio de Oaxaca, y el Gobierno \$ 7,000, erogándose el resto del fondo de multas de la Jefatura Política.

UNA EXPOSICION ARTISTICA EN EL CASINO NACIONAL.

Los Sres. Francisco Solanes y Manuel Schopp han organizado, en el Casino Nacional, una Exposición de Pintura, en la que hay cuadros de diversos artistas españoles.

Nuestro grabado da una idea del aspecto del patio de ese edificio, convertido temporalmente en galería de *vernissage*.

Para ser justos, debemos hacer muy especial mención de la franca y liberal acogida que dispuso el Casino al Sr. Schopp, haciendo suya su empresa



en la parte de trabajos de preparación. Comprenden los señores miembros del Casino la importancia de todo estímulo al arte y la necesidad que tiene México de formar el gusto en la frecuente observación y comparación de obras artísticas, y de ahí que hayan hecho en pro del Sr. Schopp más de lo que la hospitalidad exige.

La falta de tiempo nos ha impedido escoger alguno ó varios de los cuadros de la Exposición para reproducirlos, pero nos prometemos proceder á esa tarea, que nos es muy grata, pues para nosotros el problema del avance del arte nacional, estriba en la multiplicación de ocasiones de observación, que forman la crítica estética.

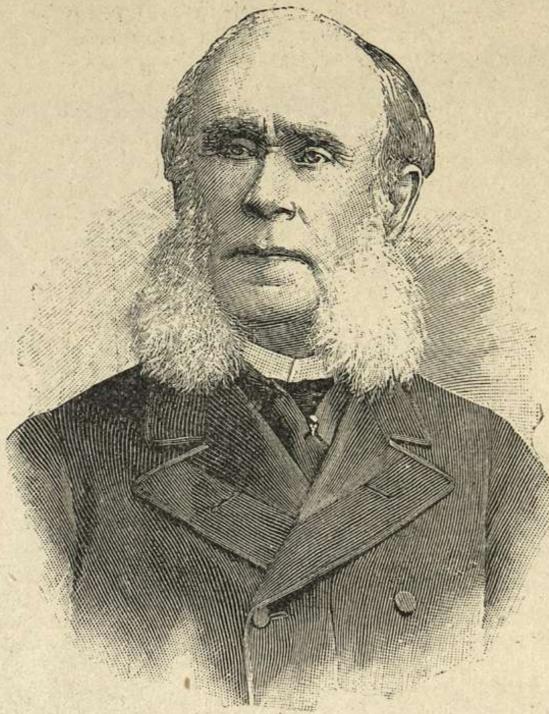
El adorno del patio del Casino es obra del Sr. Gómez, habilísimo decorador.

Sabemos que antes de abrirse la Exposición, ya se han vendido algunos de los cuadros que han de formarla, por lo que felicitamos á los señores empresarios.

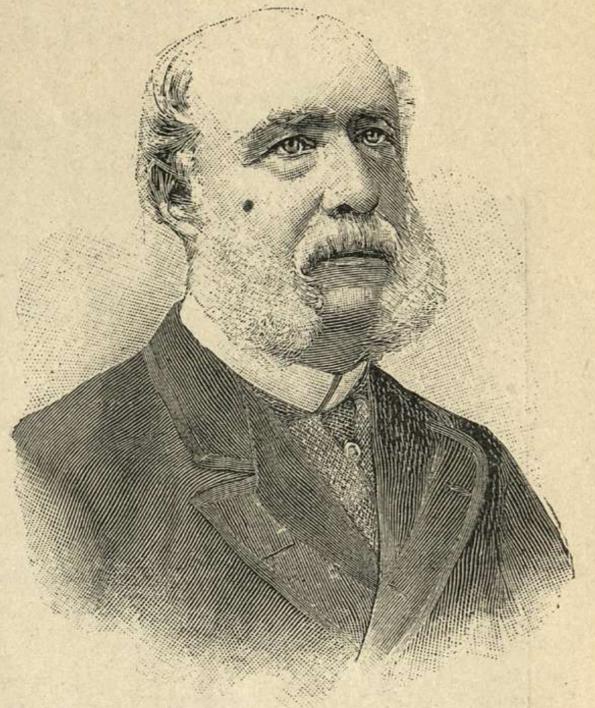
LA CONFERENCIA DE LA PAZ EN LA HAYA.



INGLATERRA. — SIR JULIAN PAUNCEFOTE.



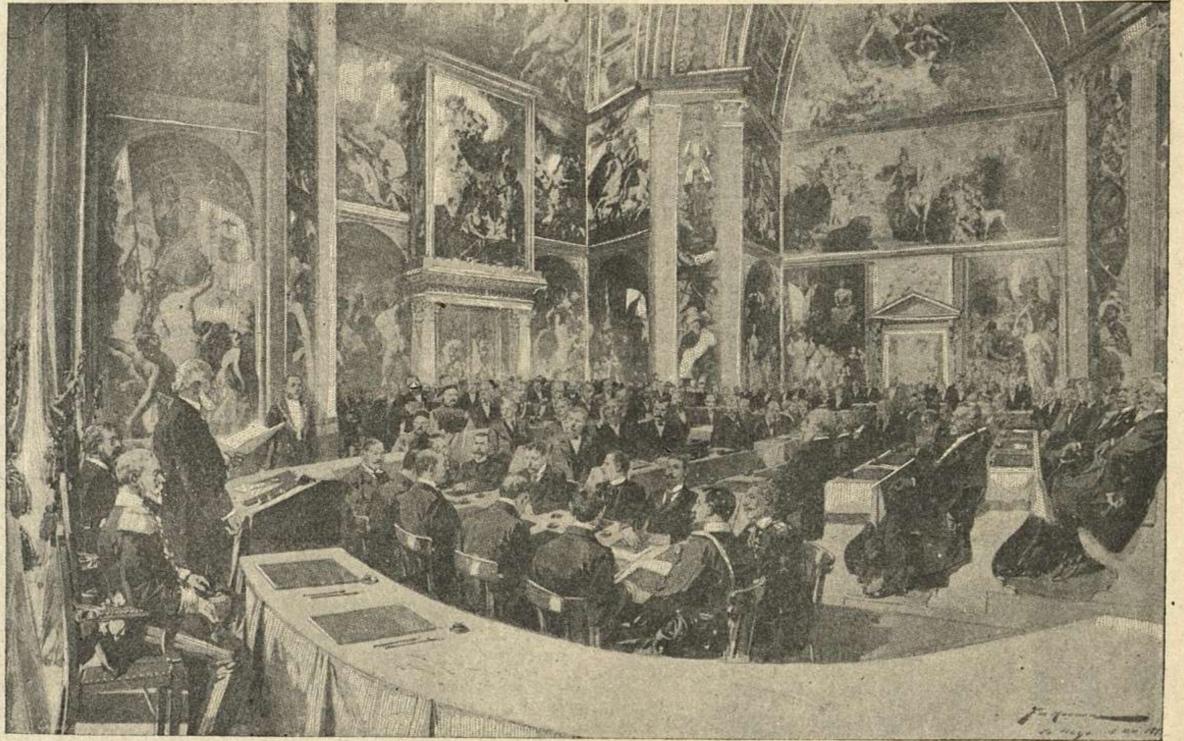
RUSIA. — BARON DE STAAL.



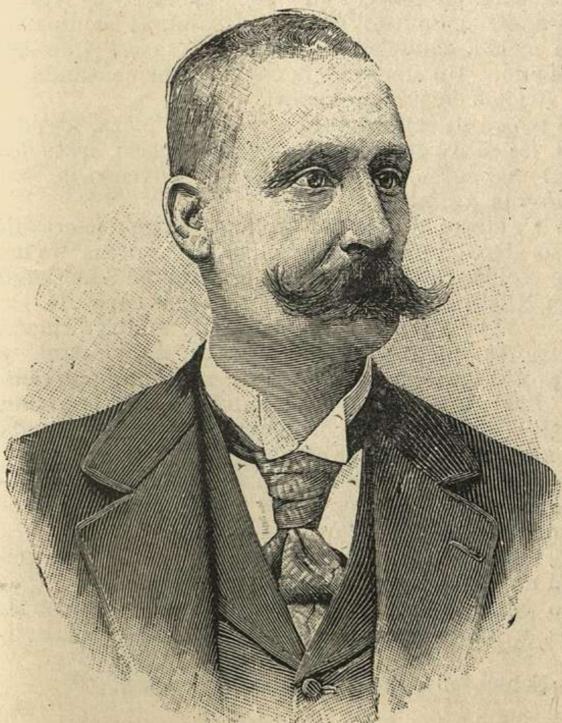
ALEMANIA. — CONDE DE MUNSTER.



FRANCIA. — M. LEON BOURGEOIS.



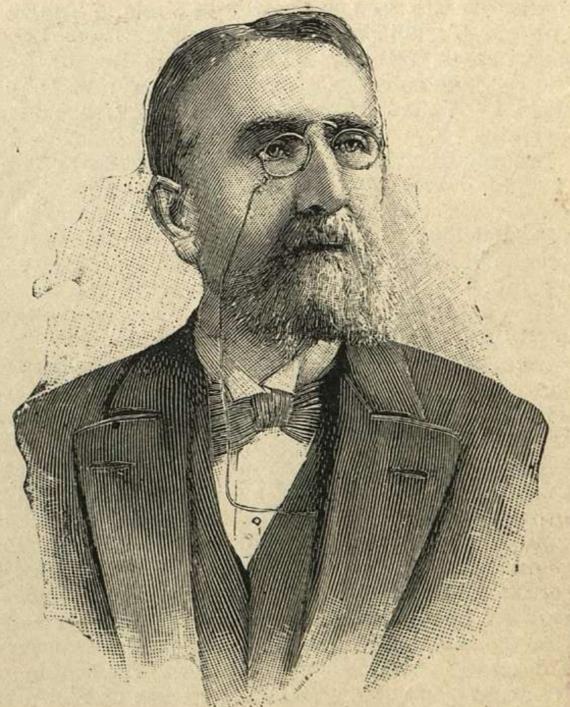
UNA SESION EN EL PALACIO DEL BOSQUE.



AUSTRIA.—CONDE WELSENHEIM.

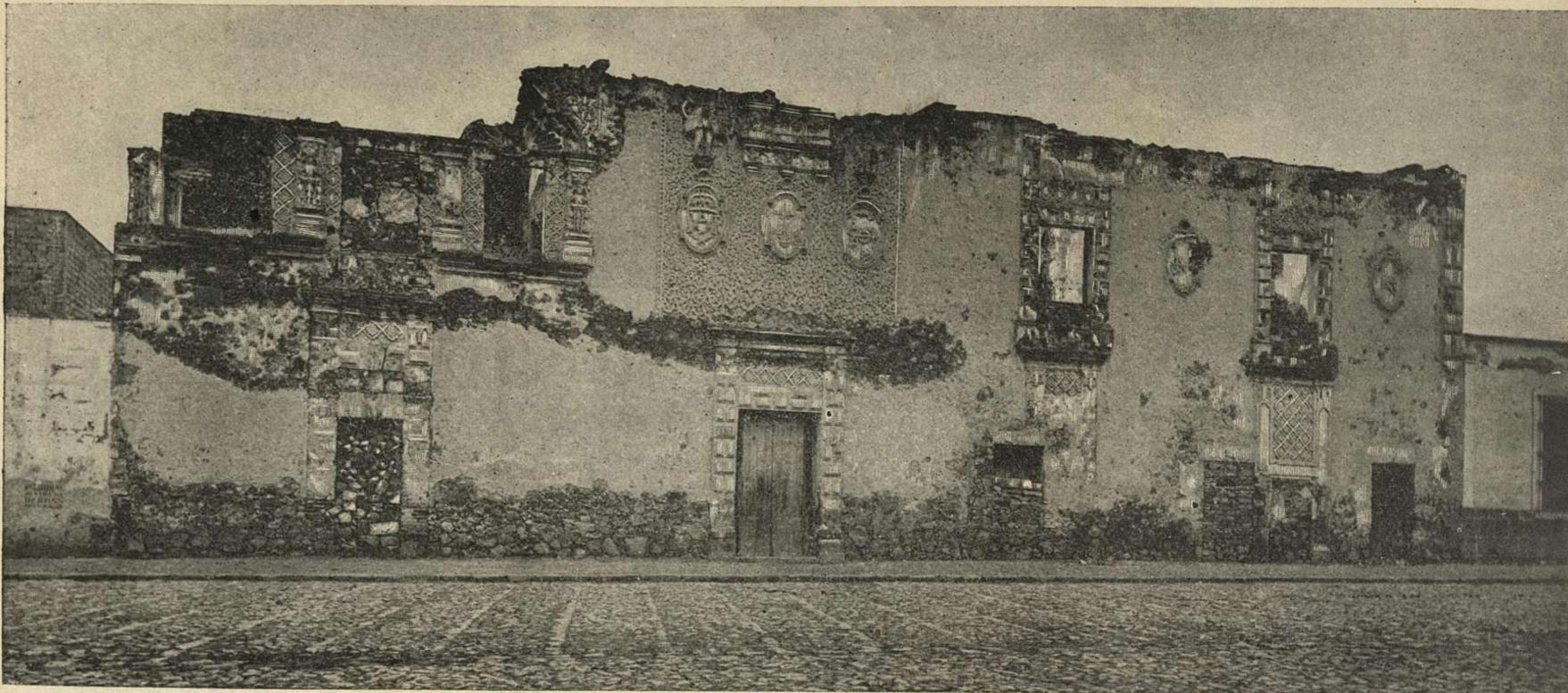


ITALIA.—CONDE NIGRA.



ESTADOS UNIDOS.—MR. ANDREW D. WHITE.

MEXICO ANTIGUO



CASA DEL CACAHUATAL.

LA CASA DEL JUDIO.

Allá por el barrio de San Pablo, casi en los suburbios de la ciudad tantas veces llamada de los Palacios, y en la calle conocida con el nombre indígena de *El Cacahuatal*, existe una casa vieja que data de mediados del siglo XVII, y que hoy, después de tantos años, es del todo una ruina pronta á desaparecer.

Carcomida por la humedad y el salitre, llena de hierbas que han nacido entre las cuarteaduras de sus ennegrecidos muros, destechada, con maderos hendidos y apollillados, que han dejado vacíos los claros de puertas y ventanas; aquella casa próxima á derrumbarse es fea, triste, melancólica por una soledad sólo interrumpida en las noches sin luz de aquel barrio, por el chirrido de los repugnantes murciélagos que azotan las paredes, ó por el canto de uno que otro desvelado tecolote que abandona las torres viejas para ir á visitar ese sepulcro falto hasta de cadáveres.

La casa, por lo demás, no revela restos de belleza alguna; pertenece al orden churrigueresco, y por las cruces, emblemas, letras, grifos y adornos que casi borrados contiene su fachada, más parece haber sido la tranquila mansión de un obispo ó de un solitario religioso que huye del bullicio de la ciudad, que la morada de un judío, como quiere la tradición.

Empero, aunque sin haber encontrado, á pesar de repetidas investigaciones, el fundamento histórico de la creencia popular, desde muy niños hemos oído referir que en la citada casa vivió D. Tomás Treviño y Sobremonte, judaizante quemado vive por la Santa Inquisición.

¿Pero quién fué este célebre pesonaje? ¿Qué delitos enormes cometió para incurrir en esa horrible pena, cuya sola mención hace estremecer de espanto?

D. Tomás Treviño y Sobremonte, que por algún tiempo se llamó Jerónimo de Represa, era natural de Medina de Río Seco en Castilla la Vieja, é hijo de D. Antonio Treviño de Sobremonte y de Doña Leonor Martínez de Villagómez. Esta Doña Leonor había sido relajada en estatua por judaizante en la Inquisición de Valladolid, así como otros muchos de sus parientes.

Ignoramos cuándo pasó á Nueva España D. Tomás Treviño, ó Tremiño, como le apellidan otros. Sólo sabemos que á principios del siglo XVII fué preso por la inquisición; pero entonces, aparentando sin duda arrepentimiento, logró ser reconciliado y puesto en libertad.

Poco después casóse con María Gómez, y de ella hubo dos hijos, Rafael de Sobremonte y Leonor Martínez, que también cayeron en las garras del Santo Oficio.

En México Treviño y Sobremonte se dedicó al comercio é hizo frecuentes viajes por el interior del país. Cierta tiempo se estableció en Guadalajara, capital á la sazón de Nueva Galicia, donde tuvo una tienda con dos entradas. Bajo de una de sus puertas había enterrado un Santo Cristo, y se cuenta que á los marchantes que por allí entraban les vendía más baratas las mercancías, que á los que iban por la otra. Se cuenta también que noche con noche azotaba á un Santo Niño de madera, y que como la escultura conservaba después las señales de los azotes, fué tenida por milagrosa y muy venerada en la iglesia de Santo Domingo.

Vuelto á México, cayó nuevamente en poder del Santo Tribunal; mas la enumeración de sus crímenes (?) bien merece ser conocida, y para hacerla, nos vamos á permitir extractar algunos trozos del compendio de su causa, que por aquel tiempo circuló impresa.

«Fué preso—dice—con secuestro de bienes por judaizante relapso. Salió tan poco arrepentido después de haber sido reconciliado en el Auto particular de la Fee, que se celebró en la Iglesia del Convento de Santo Domingo desta ciudad, á los 15 de Junio de 1625, que apenas se vió en libertad, quando comenzó á comunicarse de nuevo con sus cómplices, con que manifestó la ficción y cautela con que procedió en la primera causa en sus confesiones, encubriendo siempre en ellas propios, y agenos defectos, y con otras personas judaizantes, dándoles noticia de las cosas que en el S. Oficio y sus cárceles pasaban, é instruyéndolas para en caso que se vieran presos del modo con que se habían de portar, haciéndoles creer, que en estar negativo había consistido el buen suceso de su causa. Trató ya reconciliado, como judío tan de corazón, casarse con la dicha María Gómez, de quien sabía ser también judía y sus mayores aviendose comunicado por tales. El día de la boda combidó para ella á muchos de los de su caduca ley, y la celebró con ritos y ceremonias judaicas, poniéndose al tiempo de comer un paño en la cabeza, y dando principio á los demás platos con uno de buñuelos con miel de Abejas, alegando para ello cierta historia apócrifa, que decía ser de la Escritura, en que se mandaba hacerse así; degollando con cuchillo las gallinas que se habían de servir á la mesa su suegra Leonor Núñez, conformándose en semejantes ceremonias con su yerno, diciendo tres veces al degollarlas bueltos los ojos hacia el Oriente, cierta oración ridícula, labándose este pérfido judío después de comer tres veces las manos con agua fría por no quedar *treso*, que es lo mismo que manchado.»

Se le acusó de haber incitado á su mujer y á su cuñada Isabel Núñez á que se denunciaran ante la Inquisición, por estar ya presos su suegra y otros dos de sus cuñados, Ana Gómez y Francisco López de Blandón; de haberse hecho circuncidar por uno de los suyos, lo mismo que á su hijo; de practicar continuos ayunos, valiéndose para verificarlo de «fingidas jaquecas y desganos de comer», de no oír misa y de confesarse «al modo judaico, puesto de rodillas en un rincón con harto feas ceremonias.»...

Que cuando acababa de comer ó de cenar, caminando en unión de católicos, al darle los «buenos días» ó las «buenas noches» no respondía «Alabado sea el Santísimo Sacramento» sino: «Beso las manos de Vuestros Mercedes.» Que su mujer le llamaba «Santo de su Ley,» y en su prisión se valía de la lengua mexicana ó azteca para comunicarse con su cuñado Francisco de Blandón. Que maldecía, en fin, repetidas veces al «Santo Oficio, á sus Ministros, á los que le fundaron y á los Reyes que le tienen en sus Reynos.»

«Y hecha la cuenta—prosigue el extracto de su causa—se halla aver hecho estos ayunos por espacio de cinco años, y á no haber acudido con hacerle comer por fuerza, hubiera muerto de este rigor de ayunos. Los delitos suyos si se hubieran de referir pedían volumen grande, basta dezir que la noche que se le notificó su sentencia de relaxación, descubrió el rostro y

se quitó la máscara de fingido cathólico y dijo que era judío, y quería morir como tal, y que le coxía la muerte habiendo acabado de hacer un ayuno de setenta y dos horas; y diciéndole que había de morir al día siguiente, dijo que no, sino en el día que estaba, contando el día al modo judaico, de puesta de Sol á Sol....»

Seamos justos. Leyendo las líneas anteriores se pregunta uno: ¿fué aquel infeliz judío un fanático? ¿sus sectarios no le contarán por ventura en el número de los mártires de su religión?

El 11 de Abril de 1649 celebró la Inquisición uno de los más notables y pomposos de sus Autos, y entre otros fué juzgado y condenado á ser quemado vivo D. Tomás Treviño de Sobremonte.

No describiremos la famosa procesión de la Cruz Verde que salió la víspera, ni conduciremos al lector al tablado que se levantó en la plazuela del Volador apoyado en la fachada de la iglesia de Porta-Cœli, ni oiremos la lectura fastidiosa de muchas causas insípidas y monótonas; sólo seguiremos á D. Tomás Treviño.

«Salió al Cadahalso con Sambenito y Coroza de condenado, sin cruz verde en las manos, que no la quiso admitir, mordaza en la boca, porque eran tantas las blasfemias que decía, que se usó de este medio que no aprovechó, según las travuras que hacía, y fué entregado á la justicia y brazo Seglar.....»

Una vez en poder de la autoridad ordinaria, se le montó en una mula que mucho corcoveaba, se le mudó á otra, y en seguida á otras sucesivamente. El vulgo dijo que los animales no querían llevar á cuéstas tan perro judío. ¿Por qué no decir mejor que se resistían á conducir á un pobre hombre á tan horrendo suplicio? Al fin se le puso en un caballo que era conducido por un indio. El indio exhortaba á Sobremonte para que creyera en «Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espiritu Santo,» pero á las palabras acompañaba la acción, dándole tremendos puñetazos. ¡Que espectáculo! ¡Un siervo de la colonia atormentando á una víctima de su dominador!

El reo en su cabalgadura atravesó la plaza, los portales, las calles de Plateros y San Francisco, hasta llegar al *quemadero*, situado entre el convento de San Diego y la Alameda.

Se le amarró al palo del suplicio. El gentío era inmenso, llenaba todas las avenidas, las azoteas de las casas vecinas, las torres de las iglesias de San Diego y San Hipólito, las ventanas, todas las copas de los árboles de la Alameda. Esa multitud estaba formada de curiosos que iban á presenciar un acto teatral, y de devotos que esperaban ganar miles de indulgencias. Los sentimientos humanitarios se escondían allá en el fondo de los corazones. ¡Estaba prohibida bajo severas censuras la compasión!

De repente se encendió la llama de la hoguera, chisporrotearon los maderos secos, y el humo se elevó como huyendo de aquel horrible espectáculo.

La víctima, casi sofocada, mas sin exhalar un grito, ni un gemido, ni una queja la más leve, se contentó con exclamar, recordando sus bienes confiscados, y atrayendo con los piés las brasas encendidas:

—¡Echen leña, que mi dinero me cuesta!

LA CRIADITA

Pequeñuela, enclenque, pajiza, harapienta, con unos ojazos dulces y estúpidos, era quien por el estío llevaba los huevos frescos y la leche de la granja al castillo. Al entrar en la cocina decía «aquí está,» y se quedaba de pié junto á la puerta, esperando que la respordiesen «está bien,» mirando la batería de cocina, cuyo cobre relumbraba al sol, retorciéndose embobada con los dedos el delantal de algodón. El cocinero, vestido de blanco y serio, se le aparecía como un personaje extraño, casi imaginario y lejano, á pesar de estar allí. Era hija de un hombre que trabajaba en la granja, y de una mujer que había muerto. Pocas personas sabían que se llamaba Germana; como se la encontraba á menudo apacentando ánades, vara en mano, en las veredas festoneadas de espinos, llamábanla la Varera. Un día, el señor cura, con el breviario debajo del brazo, pasó junto á ella y la dió con dos dedos un golpecito en la mejilla, diciendo: «¡Je,

cho tiempo, y las decía: «Anda, que yo voy á París, y vosotras no vais.» Sentóse al borde del camino entre las ramas espinosas que la punzaban, dejándolas hacer, mirando las tierras de labor, los prados, los tres pobos rectos y puntiagudos en medio de la llanura, y allá abajo el horizonte. Decía adiós inconscientemente. Fué á beber agua en una charca, detrás del seto. Debajo de una rama cogió un nido de ruiseñores de pared, un nido vacío, seco, del año anterior, y se lo llevó como un recuerdo. Acarició á los gansos, uno tras otro, y pensó que un ganso que tuviera un traje de terciopelo azul y una gorguera de blonda de seda torzal sería muy bonito; y besó tiernamente en el cuello á la mayor de aquellas aves, que era muy mala.

En París vivió en el hueco de una ventana, junto á la antecámara, marcando pañuelos y remendando trapos de cocina. Habíanla enseñado á coser, pero no la enseñaron á leer. Para las personas de la condición de Germana no es saludable la lectura. Leer induce á pensar y, una vez que se piensa, ya no se repasan tan bien las camisas. La servidumbre toda la estimaba poco, porque era silenciosa, obediente y devota de su ama. Nunca salía, á no ser los domingos, para ir á la iglesia. Mostrábase muy piadosa, sin comprender. Todas las noches decía: «Padre nuestro, que estás en los cielos...» No conocía en París nada más que la calle que estaba delante de su ventana; los transeuntes le parecían personajes extraordinarios, de diferente especie que ella; los carruajes, una cosa extraña; admiraba los adoquines. Pasó dos veces la Pascua Florida. Seguía corriendo. Continuaba siempre con sus ojazos estúpidos y dulces. Jamás alma alguna estuvo tan sola como la suya. Sin embargo, no estaba triste. Veía algunas veces á su amito, tan altivo, tan bien puesto. Cuando entraba éste en el cuarto donde cosía ella sentada desde la mañana á la noche, temblaba con todo su cuerpo; y sin levantar cabeza, seguía cose que cose, precipitando las puntadas, pinchándose en los dedos. Un día, la dijo él de pronto: «Ven á jugar.» Levantóse ella estupefacta y con la boca abierta, como ante un milagro. Aquel día llevaba él un vestido de terciopelo negro con trencillas de oro. Jugaron. Luciano se puso á horcajadas sobre una silla tumbada en el suelo, de la cual tiraba Germana á guisa de caballo. El pesaba ya bastante y ella era aún muy débil; jadeaba extasiada. Para hacerla correr más, dábala él de puñetazos en la espalda. «¡Oh Dios mío, Dios mío!» repetía ella con arrobamiento. Y dijo él: «Necesito un látigo.» Corrió ella á la cocina y trajo una vara muy gruesa que se usaba para sacudir el polvo á la ropa. Luciano se valió de ella. Era ya muy fuerte. Azotaba él, corria ella diciendo: «¡Ah, señor, señor!» y lloraba de gozo con sus verdugones. Por la noche, en la cocina, después de haber comido con los criados, sentada aún á la mesa, cerró los ojos con lentitud, sonrióse y la oyeron murmurar: «¡Qué bueno estaba aquello!» El cocinero la dijo: «¡Golosa!»

Un día Luciano robó de la alacena una botella de vino de España. Por aquella época fumaba ya Luciano cigarrillos en los rincones. Le interrogaron y respondió: «He visto á Germana llevarse una botella.» La baronesa hizo llamar á la criada: «¿Eres tú quien ha robado la botella?» Luciano interrumpió: «Es ella.» Germana dijo: «Yo soy.» La baronesa dió un cachete á Germana. «Bien hecho,» dijo Luciano. «Sí, bien hecho,» repitió Germana.

Pasó tiempo. Ella continuaba siendo flaca y chi-



quilla. ¿Y fea? Sí, con manchas rojizas en las mejillas, en la nariz, en la frente. Sus grandes ojos, de mirar bondadoso y vago, eran como los de una oveja. Llevaba un vestido negro, estrecho, que caía recto desde los hombros á los tobillos; sólo el cinturón indicaba el talle. A la sazón, Luciano era ya un mocito. Una noche la dijo: «Mamá no quiere que me den la llave de la puerta principal. Me veo obligado á tocar, advierten que entro tarde, y me regañan. Escucha: no te acuestes, daré una palmada y sales á abrirme sin meter ruido.» Era en invierno. Algunas veces quedábase ella hasta el amanecer, sin dormir, en un cuarto sin lumbre, en espera de la señora. Luego bajaba con una lamparita en la mano. Necesitaba atravesar el patio del palacio. Algunas veces había nevado. Para no hacer ruido, no se ponía los zapatos. Andaba con los pies desnudos por la nieve. Envolvía el ciervo. La castañeteaban los dientes. Cogió un catarro que ya no se le quitó. Abría la puerta, quitando una barra transversal que le helaba las manos. Luciano decía: «Siempre me haces aguardar. Me hielo.» Una vez le respondió ella: «De ahora en adelante, esperaré en el patio.» Y así lo hizo. El invierno era muy frío.

Una noche Luciano volvió borracho. Venía de algún baile de máscaras. Estaba de veras muy guapo con su traje verde y rosa, un disfraz de paje. «¡Oh!» exclamó Germana levantando la lámpara. Subieron juntos por la escalera de servicio. Pegaba trompicones contra la pared, canturreando este estribillo de una opereta entonces en boga: «Cierta día, al pasar por Meudon, una joven polaca...» y todo lo que sigue. Ella escuchaba, admirándose. Tropezó él. Al incorporarse, se volvió. Miró á Germana. Estaba beodo. Era una mujer. ¡Bah! La agarró por la cintura y la



¡Je!» Aquella carantofía y aquel «¡Je, je!» eran poco más ó menos toda su historia; la recordaba con interés todos los días. Sus ánades eran muy malas con ella, sobre todo una, la más grande. Hubiera preferido ser pastora de carneros, porque estos son pacíficos y se puede jugar con ellos. Pero era demasiado pequeña. Quizá más tarde se realizaría su ensueño, iba á cumplir ocho años por Pascua Florida.

Una vez la dijo el cocinero: «Hay gente á comer. Quédate. Ayudarás.» ¡Eso sí que era otra cosa y no el cariñito del señor cura! Estaba orgullosísima, comprendió que decididamente entraba en la vida social. En la repostería, donde comió, hicieronla beber vino; era la vez primera que bebía «agua roja,» como ella decía. Hizo un gesto y dejó el vaso; pero el cocinero, que con su aspecto solemne era un hombre muy alegre, la obligó dos ó tres veces á beber, para reírse. Emborrachóse ella, y estuvo charla que charla. Contaba su gran aventura con el señor párroco, y que las ocas la picoteaban á veces hasta el hueso en las pobres pantorrillas desnudas. La hicieron beber más. Estuvo muy mala, teniendo que acostarse en la cocina entre dos sillas, con los flacuchos brazos colgando. «¡Tonta!» dijo el cocinero. Tenía pálida la cara y fijos los ojos. Sufría y se quejaba, sin comprender. Luciano, el hijo de la baronesa, un chicuelo de diez años, pasó por allá, y al ver aquella niña que estaba enferma, la pellizcó hasta hacerla sangre en uno de los arrugados brazos. Dió un grito y le miró. Llevaba un traje de terciopelo azul y una gran gorguera de blonda de seda torcida, sobre la cual se agitaban unos rizos de cabellos rubios. Sonrióse ella y bajó dos ó tres veces la cabeza en señal de consentimiento; se acordó de los gansos, que también eran malos, pero no tan bonitos, y levantándose hasta el hombro la harapienta manga, acarició largo tiempo con gusto el daño que se le había hecho.

Más adelante, se interesó por ella la baronesa. Cuando se resolvió que la llevarían á París para convertirla en una doncellita de labor, se puso muy contenta á causa de Luciano, y muy triste á causa de las ánades. Las llevó á pastar una vez más por mu-

besó bruscamente en los labios. Estremeciéndose toda, como un ave que se sacude las plumas, y cayó sin sentido en los peldaños juntamente con la lámpara, que se hizo trizas. «¡Al diablo la tonta!» exclamó Luciano, huyendo por temor de que aquel ruido hubiese causado alarma.

Germana ya no trabajó más en el hueco de la ventana, junto á la antecámara. Tomó la costumbre de sentarse desde la mañana en un peldaño de la escalera de servicio, siempre el mismo, y de coser allí. Los criados burláronse de ella, y los dejó que hablasen. Se había vuelto extraña. Algo se había encendido dentro de sus dulces ojos, de mirar menos vago. Canturreaba á media voz durante mucho tiempo una tonadilla, siempre la misma: «*Cierto día, al pasar por Meudon, una joven polaca...*» Cantaba esto á veces muy alegremente y de prisa, otras con suma lentitud, acentuando las sílabas, prolongando las notas. Aquel tarareo tenía entonces una tristeza infinita. *Una joven polaca me dijo: Caballerito, perdón...* y de pronto se deshacía en lágrimas. Encontrábase muy feliz.

Luciano se formalizó. Tratóse de casarle. La señorita era rica y bonita. Se enamoró de ella. «Casados

pronto,» dijo él. Los casaron. Germana fué puesta al servicio de los nuevos esposos: ella misma había pedido este favor. El día de la boda estuvo desde en la mañana en el aposento nupcial. Iba, venía, correteaba, ponía los muebles en su sitio, colocaba las flores en las jardineras, sonreíase, exclamaba: «Esto es muy bonito, aquí» y jamás había estado más contenta. Llevaba puesto un trajecito que le dió la novia. Y repetía: «Señor Luciano... señor Luciano... bienaventurado... bienaventurado.» Por la noche pensó que en aquel momento estarían bailando en la boda, y se puso á bailar también, cantando con ritmo de vals: «*Cierto día, al pasar por Meudon...*» Hacia media noche, ayudó á la recién casada á desnudarse. El dormitorio, con colgaduras pálidas y apenas iluminado, estaba misterioso y encantador. «¡Qué guapa es usted!» dijo á la esposa. Avivó el fuego, alineó con esmero las almohadas del lecho conyugal, besó furtivamente la que estaba más cerca del borde, y dijo riéndose á Luciano que entraba: «Buenas noches, señor Luciano.»

Una hora más tarde salió de la casa. Iba á escape, sin desviarse. En las calles, nadie. Había llovido. El

cielo, muy nublado y obscuro, tenía acá y allá claros bruscos llenos de estrellas; la luz de los reverberos se reflejaba en las húmedas losas. Germana caminaba á lo largo de las casas. Iba muy alegre. Cantaba al andar y caminó más de una hora. Oyó un gran ruido, suave y uniforme, el de un río que corre. Se metió por el Puente Nuevo. Cuando llegó á la mitad se detuvo, miró á su alderedor, vió que estaba sola y se puso á hablar en voz baja. Lo que decía era una oración: «*Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...*» Interrumpióse algunas veces en el rezo, para volver á la canción. Se subió en el pretil: («*Cierto día al pasar por Meudon...*») miró el agua, se quitó el delantal, arrancó la cinta, («*una joven polaca...*») arrolló la falda en torno de sus flacas piernecillas, la sugetó con la cinta cual si temiese que alguien le viese desde abajo las piernas, («*me dijo: Caballerito, perdón... perdón... Padre nuestro, que estás en los cielos... perdón... perdón...*») y desapareció debajo del agua, que en aquel sitio reflejaba un claro del cielo, que estaba enteramente azul y lleno de estrellas.

CATULO MENDES.

LOS MOSQUETEROS DEL PINCEL.

Fragmento de Trilby, novela por Du Maurier.

Cuando el día era sereno, la tarde de un sábado pongamos por caso, Sandy se ponía su corbata y lo que era necesario para estar presentable. Entonces los tres amigos, cogidos del brazo, se iban á la casa de Taffy en la calle del Sena y lo esperaban los otros dos á la puerta hasta que vestía el traje de paseo, lo que hacía en un minuto. Del brazo otra vez, el gigantesco Taffy en medio de los otros, bajaban la calle del Sena, cruzaban el puente para ir á la Cité, contemplaban la Morgue un instante y luego vuelta á los muelles de la margen izquierda por el Puente Nuevo, encaminándose hacia el Oeste. Ya se paraban frente á los escaparates de libros y cuadros, ya en los almacenes de bric-á-brac, compraban algún cachibache, hojeaban libros de segunda mano y se llevaban éste ó aquel volumen que no volvían á abrir jamás.

ciosa exhibición de dulces y pasteles, cristalinos, azucarados, de todas clases y colores, deslumbradores



como una iluminación; piedras preciosas, delicadísimos dulces helados, perlas y diamantes que se deshacen en la boca, y especialmente en esa época del año, los monstruosos huevos de Pascua de colores incomparables, puestos como ricas joyas en estuches de seda y oro.

Iban luego, pasando una gran verja, á la Calzada de los Fuldenses, subían á la Plaza de la Concordia, y se detenían para mirar, sin mezquina envidia, á los elegantes que volvían del Bosque de Boulogne. Aun en París «la gente de coche» tiene la mirada triste, se pasea silenciosamente, como si las vibraciones de tantas ruedas que giran siempre sobre el mismo camino tarde á tarde los sumiera en embrutecedora, callada melancolía.

Y los tres mosqueteros del pincel disertaban largamente sobre la vanidad de la riqueza, del rango y de la vida elegante, del hastío de esos egoístas, de la fatiga que trae todo placer cuando se convierte en una tarea forzosa,—como si hablasen por propia experiencia y nadie antes que ellos hubiese pensado ó dicho tales cosas.

Pero había algo que les hacía olvidar sus filosofías, el hambre. esa hambre intolerable que atormenta á los organismos sanos. Se dirigían pues á una fonda inglesa de la calle de la Magdalena (á mano izquierda, cerca de la esquina) y allí renovaban sus fuerzas y su patriotismo con la carne y la cerveza, el pan de estufa, la mordente y amarilla mostaza, los rábanos picantes, el noble pastel de manzana y el queso de Cheshire. Comían durante una hora todo lo que les permitía comer su incesante charla, llena de esperanzas y entusiasmo, de fallos favorables ó adversos para todos los pintores, muertos ó vivos, y de modesta pero firme fé en sí mismos, como un huevo de Pascua está lleno de dulces y delicias para los niños.

Una vuelta por los populosos boulevares, iluminados como de día, y una taza de café en una mesita de mármol, con sus tres patas apoyadas en el genial asfalto, y más charla hasta por los codos.

Por último el regreso por las oscuras, silenciosas calles, por los puentes desiertos, á su amado Barrio Latino, ante la Morgue fría, siniestra, fatal, ilumina-

da por el gas, Nuestra Señora irguiendo sus vigilantes torres gemelas que han visto durante tantos siglos discurrir tantos jóvenes felices, vigorosos, expansivos, cogidos del brazo, en grupos de dos y de tres y siempre hablando, hablando, hablando...

Sandy y el pequeño Billee acompañaban á Taffy hasta la puerta de su casa con muebles de alquiler en la calle del Sena, y tanto tenían que decirse antes de separarse,—tanto, que Taffy y el pequeño Billee acompañaba á Sandy á su casa de la calle de San Anatolio de las Artes.—Mas como nacía alguna discusión sobre la inmortalidad del alma, por ejemplo, ó sobre la connotación exacta de la palabra «gentleman» ó sobre los méritos relativos de Dickens y Thackeray, ó sobre algún otro tema recóndito y no dilucidado, Taffy y Sandy conducían al pequeño Billee á la Plaza del Odeon donde vivía, y él á su vez venía á acompañarlos y así sucesivamente hasta Dios sabe cuando....

IVONE.

CANTO BRETON.

En la dorada urna de mi memoria guardo de sus caricias la alada historia.

Bajo la fresca alfombra bordada en flores, del sol á los alegres, rosados lampos, cuán fría y sola duermes, allá en tus campos, Ivone, Ivone, ¡oh mártir de mis amores!

Única entre las vírgenes y las hermosas, su amor embalsamaba como las rosas.

Como las suaves rosas por Primavera, en que del sol los rayos se enfloran presos, era su linda boca, torneada á besos, nido de mis ensueños, flor tempranera.

Murió: tal en las eras, presto marchitas, pasan las violetas y margaritas.

La dulce y fiel alondra de la montaña que anida entre los tiestos de tus jazmines y al alba en las albercas de tus jardines moja el pico y las alas trémulas baña,

¿Qué dirá á los sinsontes de la campiña, cuando por tí pregunten, mi pobre niña?...

Allá, en la solitaria, verde pradera, bajo la fresca alfombra bordada en flores, junto á la dulce niña de mis amores, ¡madre! haz que me entierren cuando yo muera.

Que aromen su memoria y el sueño mío, las rosas que con lágrimas ungió el rocío.

ABRAHAM Z. LOPEZ PEHNA.



Cruzaban el Puente de las Artes y parándose en medio del río, dirigían sus miradas hacia la vieja Cité y Nuestra Señora, soñaban y se esforzaban por dar forma á sus sueños evanescentes. Contemplaban el ocaso llameante y todo lo que se encendía con su luz,—las Tullerías y el Louvre, los puentes, la Cámara de Diputados, el áureo río que estrechaba su perspectiva y ensanchaba su cauce, corriendo entre Passy y Grenelle, á Saint Cloud, á Rouen, al Havre, á Inglaterra tal vez,—á esa Inglaterra á donde no querían volver todavía. Decíanse que no les podía tocar suerte mejor que vivir en aquella ciudad, á esa hora, en ese día del año, en ese año del siglo y en esa época de su mortal é incierta existencia.

Y siempre del brazo y conversando alegremente, pasaban las verjas del Louvre custodiadas por negligentes zuavos imperiales, la calle de Rivoli hasta Castiglione en cuya esquina detenía sus miradas la deli-

ANARKOS

De todo lo escrito amo solamente lo que el hombre escribió con su propia sangre. Escríbe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu.

FEDERICO NIETZCHE.

En el umbral de la polvosa puerta,
Sucia la piel y el cuerpo entumecido,
He visto, al rayo de una luz incierta,
Un perro melancólico, dormido.



En qué sueña? Tal vez árida fiebre
Cual un espino sus entrañas hinca
O le finge los pasos de una liebre
Que ante sus ojos descuidada brinca.
Y cuando el alba sobre el Orbe mudo
Como un ave de luz se despereza,
Ese perro nostálgico y lanudo
Sacude soñoliento la cabeza,
Y se echa á andar por la fragosa vía
Con su ceño de inválido mendigo,
Mientras mueren las ráfagas del día
Para tornar á su fangoso abrigo.
Hundido en la cloaca
La agita con sus manos temblorosas,
Y de esa tumba miserable, saca
Tiras de piel, cadáveres de cosas.
Entre tanto, felices compañeros
Sobre la falda azul de las princesas
Y en las manos de nobles caballeros
Comparten el deleite de las mesas;
Ciñen collares de valioso broche,
Y en las gélidas horas de la noche
Tienen calor, en tanto que el proscrito
Que va sin dueño entre el humano enjambre,
Tropieza con el tósigo maldito
Creyendo ahogar el hambre,
Y en las hondas fatigas del veneno
Echado sobre el polvo se estremece,
Fatídico temblor le turba el seno,
Y con el ojo tímido, saltado,
Sobre la tierra sin piedad, fallece.
Todos vuelven la faz, nadie le toca:
Al bardo sólo que á su lado pasa,
Atedia la frescura de su boca
«Donde nítidos dientes
Se enfilan como perlas refulgentes.....»

Misero can, hermano
De los parias, tú inicias la cadena
De los que pisan el erial humano
Roídos por el cáncer de su pena;
Es su cansancio igual á tu fatiga,
Como tú se acurruca en los quicios
O piden paz, sin una mano amiga,
Al silencio de oscuros precipicios.
Son los siervos del pan: fecunda horda
Que llena el mundo de vencidos. Llama
A vida de lamer. Tormenta sorda
Que sobre el orbe enloquecido brama.
Y son sus hijos pálidas legiones
De espectros que en la noche de sus cuevas,
Al ritmo de sus tristes corazones
Viven soñando con auroras nuevas
De un sol de amor en mística alborada,
Y, sin que llegue la mentida crisis,
En medio de su mísera nidada
Los degüellan las ráfagas de tisis!

Los mudos socavones de las minas
Se tragan en falanges los obreros
Que, suspendidos sobre abismo loco,
Semejan gelondrinas
Posadas en fantásticos aleros.
Con luz fosforescente de cocuyos,
Trémula y amarilla,

Perfora oscuridad su lamparilla;
Sobre vertiginosos voladeros
Acometen olímpicos trabajos
Y en tintas de carbón ennegrecidos,
Se clavan en los fríos agujeros,
Como un pueblo infeliz de escarabajos
A taladrar los árboles podridos.
Sus manos desgarradas
Vierten sangre; sarcástica retumba
La voz de la recóndita huronera:
Allí fué su vivir; allí su tumba
Les abrirá la bárbara cantera
Que inmóvil, dura, sus alientos gasta,
O frenética y ciega y bruta y sorda
Con sus olas de piedra los aplasta.

El minero jadeante
Mira saltar la chispa de diamante
Que años después envidiará su hija
Cuando triste y hambrienta y haraposa,
La mejilla más blanca que una rosa
Blanca, y el ojo con azul ojera,
Se pare á remirlarla, codiciosa,
Al través de una diáfana vidriera,
Do en mágicos joyeles
De rubias sedas y olorosas pieles,
Fulgen piedras de trémulos cambiantes,
Ligadas por artistas
En cintillos: rubíes y amatistas,
Zafiros y brillantes,
La perla obscura y el topacio gualda,
Y en su mórbido estuche
De rojizo peluche
Como vivo retoño, la esmeralda.
La joven, pensativa
Sus ojos clava, de un azul intenso,
En las joyas, cautiva
De algo que duerme entre el tesoro inmenso;
No es la codicia sórdida que labra
El pecho de los viles:
Es que la dicen mística palabra
Las gemas que tallaron los buriles:
Ellas proclaman la fatiga ignota
De los mineros; acosada estirpe
Que sobre recio pedernal se agota,
Destrozada la faz, el alma rota,
Sin un caudillo que su mal extirpe:

El diamante es el lloro
De la raza minera
En los antros más hondos de la hullera:

Loor á los dolientes campeones
Que vertieron sus lagrimas
Entre los socavones!



Es el rubí la sangre
De los héroes que en épicas faenas,
Tiñeron el filón con el desangre
Que hurtó la vida á sus hinchadas venas:

Loor á los valientes campeones
Que perdieron sus vidas
Entre los socavones!

A GUILLERMO URIBE H.

El zafiro recuerda
A los trabajadores de las simas,
El último girón de cielo puro
Que vieron al mecerse de la cuerda
Que los bajaba al laberinto oscuro:

Loor á los sepultos campeones
Que no verán ya el cielo
Entre los socavones!

Y el topacio de tinte amarillento
Es recóndita ira
Y concreciones de dolor. Lamento
Que entre el callado boquerón expira:

Loor á los cautivos campeones
Que como fieras rugen
Entre los socavones!

La joven pordiosera
Huyó.....

¿Qué formidable vocerío
Pasa volando por la azul esfera,
Con el lejano murmurar de un río?
Es una turba de profetas. Vienen
Al aire desplegando los pendones
Color de cielo; sus cabezas tienen
Profusas cabelleras de leones.
En sus labios marchitos se adivina
El himno, la oración, y la blasfemia;
Llama febril sus ojos ilumina
De sacros resplandores:
Pálidos como el rostro de la Anemia,
Llegaron ya: son los Conquistadores
Del Ideal: dad paso á la Bohemia!
Ebrios todos de un vino luminoso
Que no beben los bárbaros, y envueltos
En andrajos, son almas de coloso,
Que treparán á la impasible altura
Donde afilan sus hojas los laureles
Con que ciñen de olímpica verdura
En tu vasto proscenio
A los ungidos de tu Crisma, oh Genio!
Aquél muestra su aljaba
De combate, repleta de pinceles;
El otro vibra, como aguda clava,
Un cuadrado martillo y dos cinceles;
Se interrogan, se dicen sus proyectos
De obras que dejarán eternos rastros;
Aunque sean insectos
El mármol y el pinceles los harán astros.
Un escultor ofrece
Pulir la piedra como fino encaje
Para velar un seno que florece
Bajo la tenue morbidez del traje;
Aquése de fosfórica pupila
Que á las del gato iguala,
Discorre solo en actitud tranquila
Con el azul cuaderno bajo el ala;
Y el bardo decadente,
El bardo mártir que suscita mofas,
Levantará la frente,
Alto nido de férvidas estrofas,
Y de sus labios que el reír no alegra
Brotará el pensamiento
Como un águila negra
Con las alas enormes
Desplegadas al viento,
Para cantar la Venus Victoriosa
Cuya violenta juventud encarna
El espíritu alegre de la diosa
En las melancolías de la carne.

El músico, doblando la cabeza
Sobre la débil caja
De su violín sonoro,
Dice la voz que de los cielos baja
Como un perfume del jardín de oro,
Y agarrando del cuello enflaquecido
Al tísico instrumento,
Lo hace gritar con trágico alarido,
Y con ahogados trémolos simula
El sollozo de un mártir que se queja
Bajo el negro dogal que lo estrangula;
Y sobre todos flota
Como un sueño de amor en noche larga,
La paz del arte que su duelo embota
Y su llagado corazón embarga.

Desventurada tribu
De miserables, vuestro ensueño vano
Vuela solo entre sombras como vuelan
Las grullas en las noches de verano.
Esa lumbre asesina de los focos

Que doran las soberbias capitales,
 Quemará vuestras frentes inmortales
 Y vuestras alas de zafir, oh Locos!
 Sin pan, ni amor, ni gruta
 Donde dormir vuestras febriles horas,
 Sucumbís á la bárbara cadena,
 Sin más visión que la chafada ruta
 Que os empuja á los légamos del Sena...
 ¡Canes, minero, artistas,
 El árido recinto que os encierra
 Consume vuestros lívidos despojos;
 Y en el agrio Sahara de la tierra
 Sólo hallásteis el agua... de los ojos!
 Huid como una banda tenebrosa
 De pájaros nocturnos que entre ramas
 Hienden oscuridad sin voz ni huella;
 Morid: para vosotros
 No se difande el día
 Ni se columpia en el cenit la estrella
 Que llamaron los hombres Alegría!
 Cuán lejos de vosotros se levanta
 Sobre columnas de marfil bruñido,
 La ciudad de los Amos, donde canta
 Su canto de ventura
 El gozo, entre las almas escondido.
 Allí todos olvidan
 Vuestra angustia. Los árboles no dejan
 —De silencio cargados y de flores—
 Llegar, de los vencidos que se quejan,
 El treno funeral de los dolores;
 Allí, cual un torrente
 Que dé sus ondas á dormidas charcas,
 Resbala fríamente
 Con ruido sonoro
 El oro, á los abismos de las arcas.
 Allí las sedas crugén
 Como crugén las carnes sacudidas
 Por las fieras; son fieras que no rugen
 Los seres sin piedad. Ved como pasa
 Sobre el mármoleo suelo,
 Con su capa de pieles, la hembra dura
 Cual un oso gigante sobre hielo.
 Por qué se abren sus ojos
 Desmesuradamente?
 Ah! si es que apunta con fulgores rojos
 El astro de la sangre, por Oriente.
 Bajo el odio del viento y de la lluvia
 Por la frígida estepa se adelantan
 Los domadores de la *Bestia rubia*;
 Ya los perros sarnosos
 Se tornaron chacales. De ira ciego
 El minero de ayer se precipita
 Sobre los tronos. Un airado fuego
 Entre sus manos trémulas palpita,
 Y sorda á la niñez, al llanto, al ruego,
 Ruge la tempestad de dinamita!
 Son los hijos de Anarkos! Su mirada
 Con reberberaciones de locura,
 Evoca ruinas y predice males:
 Parecen tigres de la selva oscura
 Con nostalgias de víctima y juncuales.
 El furioso caer de sus piquetas
 En trizas torna la vetusta arcada
 Que erigieron al Bien nuestros mayores;
 Y por la red de las enormes grietas
 Va filtrando con tintes de alborada,
 Un sol de juventud, sus resplandores.

Aqué!, un arma ruda
 Pide, que parta huesos y que exprima
 El verbo de la cólera; filuda
 Por el trabajo, recogió su lima
 De fatigado obrero,
 Y bajo el golpe de Lucheni, muda
 Cayó la Emperatriz como un cordero!

Pini, Vaillant, Caserio y Angiolillo,
 Vuestro valor ante la muerte, espanta:
 Negros emperadores del cuchillo,
 Que rendís la garganta
 Como débil mendrugo
 A las ávidas fauces del verdugo:
 De duques y barones
 No circundó plegada muselina
 Vuestros cuellos. Allí donde culmina
 El dorado listón de los toisones
 Os dió la guillotina
 Su mordisco glacial: vendimiadora
 Que la tez y las almas descolora.

Aún parece vibrar en mis oídos
 La voz de Emile Henry; ya bajo el hacha
 Iba á rodar su juvenil cabeza,
 Como la flor al soplo de la racha,
 Y exclamó: «GERMINAL,»
 y de la herida
 Corrió una fuente de licor sagrado,
 Que bautizó la historia dolorida
 De los siervos, con óleo ensangrentado.
 Y ese fué dulce al comenzar: renuevo
 De razas de alto nombre.
 ¿Quién me dirá si un huevo
 Es de torcaz ó víbora? La mente
 No sabe leer lo que en el tiempo asoma:
 El hombre, como el huevo,

En nidos de dolor será serpiente,
 En nidos de piedad será paloma!

Por donde quiera que mi ser camine
 Anarkos va, que todo lo deslustra:
 ¡Un rito secular que no decline
 Ante el puño brutal de Bakunine,
 Y el heraldo feroz de Sarathustra!

No puede ser que vivan en la arena
 Los hombres como púgiles: la vida
 Es una fuente para todos llena:
 Id á beber esclavos, sin cadena;
 Potentado, tu siervo te convida!
 Nada escuchan! Los pobres, á la jaula
 De la miseria, se resisten fieros
 Y con brazo de adustos domadores
 Y el ojo sin ternura, los enjaula
 La codicia sin fin de los señores!

Quién los conciliará? Tibios reflejos
 De una luz paternal y vespertina
 Visuen de claridad el linde vago:
 Es que el Patriarca de los Ritos Viejos,
 De SAPIENCIA cubierto, se avecina,
 Con la nerviosa palidez de un Mago.
 Es flaco y débil: su figura finge
 Lo espiritual; el cuerpo es una rama
 Donde canta su espíritu de Esfinge;
 Y su sangre, la llama
 Que los miembros cansados transparenta;
 De su nariz el lóbulo movable
 Aspira lo invisible,
 Son tus patricias manos una garra
 Febril y amarillenta:
 Es de los griegos la gentil cigarra
 Que con mirar el éter se alimenta!
 Impalpable se irgue
 —Melancólico espectro —



Y de la cuerda blanca
 A su místico plectro
 La melodía arranca.
 Impalpable se irgue:
 Hay algo de felino
 En su trémula marcha,
 Hay mucho de divino
 En la nítida escarcha
 Que su cabeza orea.
 Cruza, sin otras galas
 Que la túnica nívea
 Que remeda las alas
 Rotas, de un genio del celeste coro,
 Y sobre el pecho una
 Cruz de pálido oro.

Alza el brazo. La Europa
 Lo aguarda como á antiguo caballero,
 Debajo de una bóveda de acero;
 Calla sus labios la soberbia tropa
 De esclavos y señores:
 El Pontífice augusto
 Trae el bálsamo santo que redime
 Y calma la batalla de panteras;
 Revalúa lo justo;
 Ya va á decir el símbolo sublime...
 Y de sus labios tiernos
 Salió, como relámpago imprevisto,
 A impulso de los hábitos eternos
 Esta sola palabra:

«Jesucristo.»

GUILLERMO VALENCIA.

GARCILASO.

[De "El Jardín de los Poetas."]

I

Por senda de laureles y rosales
 y arrullado por céfiro sonoro,
 Garcilaso, á las lumbres matinales,
 rige un caballo con rendaje de oro.
 Cantando el mozo va, la faz serena
 bañada en resplandores;
 el ademán gallardo; el alma llena
 de paisajes rientes,
 de perfumes de flores
 y músicas de pájaros y fuentes.
 Canta el mancebo rústicos amores
 en estrofas más claras que las linfas
 de transparente lago; estrofas bellas
 que, en su terso cristal, lucen las huellas,
 de los húmedos labios de las ninfas.
 De pronto, Garcilaso,
 presa de ardiente anhelo,
 de su bravo corcel detiene el paso,
 y con rápida acción desciende al suelo.
 Es que ha visto en la lóbrega enramada,
 que pueblan ruiseñores y palomas,
 á *Flérida*, su amada,
 vertiendo luz y prodigando aromas.
 La beldad, ruborosa y palpitante,
 prendidos de jazmines los cabellos,
 arrójase en los brazos de su amante;
 quien, al ceñir con ellos
 prendas tan codiciadas como hermosas,
 se imagina estrechar ramo fragante
 de azucenas y rosas.
 ¡Oh, *Flérida* querida! ¡Oh claros ojos,
 alborada de vivos esplendores!
 ¡Oh, doncella de rojos
 labios, de las abejas tentadores!
 ¡Oh, amor primero; henchido de ventura,
 panal de miel, corona de violetas!
 Siempre se elevará tu imagen pura
 en los recuerdos de placer intenso
 del más dulce y gentil de los poetas,
 cual hostia blanca entre azulado incienso!

II

Raudo el tiempo ha corrido,
 como árabe corcel, y heroico el vate
 á su frente ha ceñido
 los épicos laureles del combate.
 Su noble alma altanera,
 rebotando valor y ansia de gloria,
 flotó en la lid guerrera,
 cual bélica bandera
 que guarda entre sus pliegues la victoria.
 El poeta soldado
 en su pecho acogió nuevos amores;
 pero ni de la lucha en los furores
 ni en brazos de otras bellas, ha olvidado
 de *Flérida* los ojos seductores
 Y cuando, combatiendo con fiereza
 en su última batalla,
 rueda á un abismo, hendida la cabeza,
 al escalar, valiente, una muralla,
 á un fiel amigo el tierno Garcilaso
 ruega, ya moribundo y anhelante,
 que su banda de raso
 entregue, en prueba de su amor constante,
 á *Flérida*, su musa deliciosa
 de immaculado seno,
 más blanca que la leche y más hermosa
 que el prado por Abril de flores lleno.

MANUEL REINA.

DE H. FOSCOLO.

LLANTO ETERNO.

Por qué calla el rumor de mi cadena
 De llanto, de esperanza, de amor vivo
 Y de silencio? qué piedad me enfrena
 Si con ella hablo ó de mi mal escribo?

Tú sólo, arroyo, me oyes compasivo,
 Donde consigo Amor venir me ordena;
 Lágrimas río aquí, daños describo,
 Vierto en tí la creciente de mi pena.

Y narro cómo se incendió á la pura
 Luz de sus ojos mi alma en fuego interno;
 Cómo la roja boca, la tersura

Del cabello fragante, el eco tierno,
 Y del cuerpo la mórbida blancura
 Me enseñaron de amor el llanto eterno!

F. FERNANDEZ GRANADOS.

Páginas de la Moda

El uso higiénico del baño.

(CONTINUA).

La vejez está expuesta á la arterio-esclerosis y otras formas de generación á ella ligadas, afecciones que pueden existir en estado incipiente ó avanzado. La piel es inerte, rígida y comparativamente sin sangre, y las potencias caloríficas del cuerpo están en gran

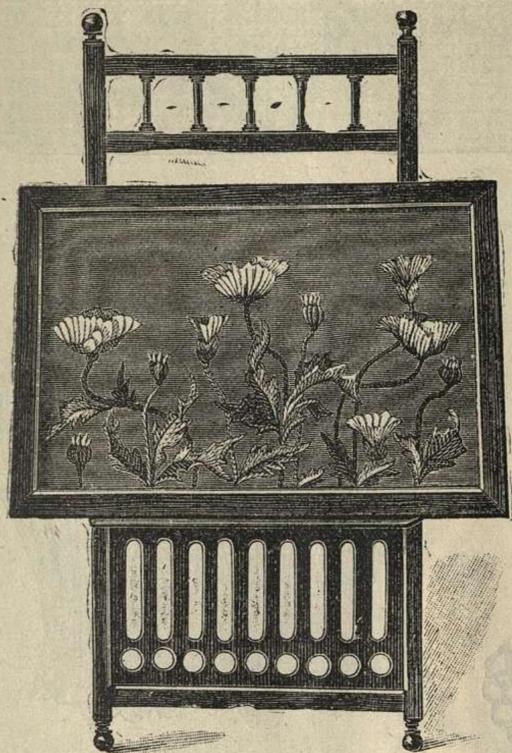


FIG. 2.—MODELO DE BORDADO PARA UTILES DE SALA.

manera disminuidas de modo que la reacción térmica así como circulatoria es probablemente incompleta dando así origen á síntomas rebeldes y en extremo aflictivos. En este supuesto deben evitarse los grandes extremos de temperatura. El baño neutro, las duchas á una temperatura de 75° á 85°, la frotación con un lienzo mojado á la misma temperatura y el



FIG. 3.—TRAJE DE CALLE.



FIG. 1.—TRAJE DE CASA.

baño fresco de esponja ó la fricción con tohalla, son las medidas más apropiadas. La debilidad cardiaca, el empiema, la bronquitis, son tan frecuentes en las personas de edad, que probablemente existirán en un casado, por el cual deben siempre tenerse presentes en el tratamiento de los ancianos.

Con el cambio de la estación la forma del baño debe también algunas veces ser cambiada ó modificada. El baño frío da uno de los mejores medios para reanimar una persona abrumada por el calor, especialmente cuando éste va acompañado de un sudor abundante. El baño caliente de esponja tomado en la mañana es algunas veces preferible en tiempo muy caliente al baño frío. Como resultado de una corta aplicación caliente se produce una débil reacción que disminuye la sensibilidad al calor y da á una persona mayor facilidad para resistir á una alta temperatura.

En el invierno el uso habitual del baño frío enseña á la piel á cuidarse por sí misma, y disminuye así el peligro de resfriarse ó de sufrir una congestión pulmonar.

La importancia del baño diario es mucho mayor de lo que se cree generalmente. En concepto del que escribe, toda escuela pública debe contar entre sus dependencias con un baño de regadera, un tanque para nadar y un gimnasio; y obligando á recibir la educación física en el gimnasio por el empleo metódico de la gimnástica así como de los baños de regadera y estanque, todo bajo la cuidadosa vigilancia de un médico. Por estos medios el desarrollo físico de los jóvenes puede favorecerse grandemente, pueden combatirse las malas tendencias morales, y probablemente puede detenerse la rápida degeneración actual de la raza.

EL BAÑO FRIO.

El baño preserva contra los resfriados, especialmente si se toma por la mañana al levantarse. Muchas personas no tienen una constitución bastante robusta para resistir el choque que se siente al meterse en



FIG. 4.—MODELO DE BORDADO PARA UTILES DE SALA



FIG. 5.—TOILETTE PARA NIÑO.

una tina de agua, aunque sea por unos pocos segundos, pero tales personas pueden tener resultados muy satisfactorios aplicándose el agua á una parte del cuerpo á la vez y frotándose en seguida rápidamente con una tohalla áspera. Así se puede recorrer el cuerpo en su totalidad en unos pocos momentos, y recibir la piel una saludable entonación. Si el cuarto no está bastante caliente, será bueno no exponer al aire sino una parte del cuerpo á la vez. La reacción será más satisfactoria si el agua se frota bien contra la piel con la mano, antes de secar con la toalla. Este baño se puede tomar en la recámara, y para él no se necesita más que una taza ordinaria de agumamil, una buena tohalla áspera y el uso vigoroso de las manos y los brazos para aplicar ésta. Si el baño se hace con lentitud y desgano, el beneficio no será tan grande.

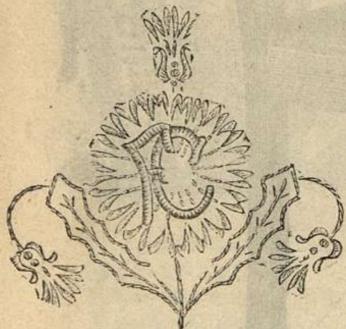


FIG. 6.—CIFRA ELEGANTE.

Además del baño frío que puede tomarse diariamente como un excelente tónico, se debería tomar un baño caliente por semana y entonces sería bien usar un poco de jabón.

RECETAS UTILES.

RELLENOS PARA LAS AVES ASADAS.

Se preparan ordinariamente picando con la carne de puerco proporcionada al volumen del ave que debe rellenarse, el hígado del ave misma, una ó dos llemas de huevo, de 25 á 50 castañas bien asadas, á fin de que no se deshagan al cocer, la miga de un panecillo

bien embebido de caldo, y un aderezo conveniente de sal y pimienta. Cuando el ave que debe rellenarse es un grueso pavo ó un pato mediano, se puede prescindir de cocer el hígado antes de picarlo y mezclarlo con el relleno; pero si el ave es pequeña, el hígado debe cocer antes, porque el asado no permanece bastante tiempo en el asta para que cueza completamente el hígado.

Este relleno puede mejorar si se le prepara del modo siguiente: el hígado medio cocido y finamente picado se mezcla con una ó dos frutas también picadas, aderezadas con sal, pimienta y unas cuantas rayaduras de moscada; se incorpora luego cuidadosamente á la carne de puerco picada y á la miga de pan cocida en el caldo, al mismo tiempo que las castañas asadas y mondadas. Esta ligera modificación en el modo de preparar el relleno para las aves asadas, no es muy dispendiosa, transforma esos manjares mejorándolos tanto que no parecen los mismos, sobre todo cuando el cocinero se ha tomado el trabajo de picar y mezclar todos los ingredientes lo mejor posible.

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—TRAJE DE CASA.

Es de seda beige, con una gran aplicación de guipure en el cuerpo, atenuada con bandas escocesas. La

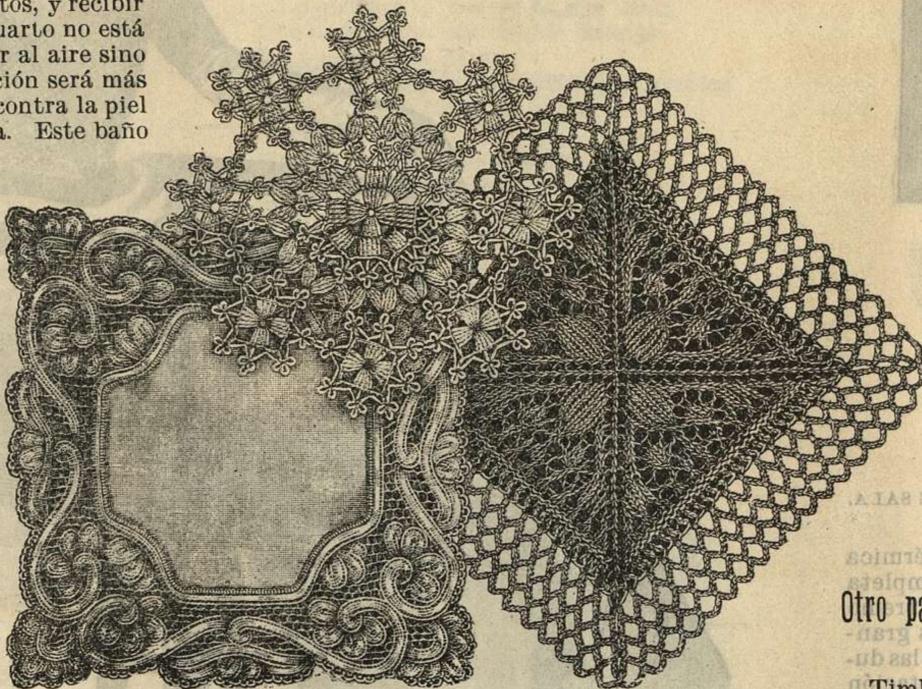


FIG. 8.—CUBIERTAS DE COJIN.

falda lleva al frente, en ángulo, otra aplicación de guipure en bandas. Manga fruncida, última novedad. FIGS. 2 Y 4.—MODELOS DE BORDADOS PARA UTILES DE SALA Y ESCRITORIO.

La primera es una papeleras elegante y la segunda una cartera para periódicos. Ambas en roble y ostentando el mismo bordado.

FIG. 3.—TRAJE DE CALLE.

De estamina con aplicaciones de mucho gusto. El peto es perfecto, formando como un corselete muy ajustado. Las mangas estrechas llevan en las extremidades una aplicación muy elegante.

FIGS. DEL 5 AL 11.

Damos, comprendida en estos números, una colección completa de labores para damas, de la más alta novedad y el más acabado gusto, incluyendo también dos modelos de corset, última moda y un trajecito para niño.

Llamamos la atención de nuestras lectoras sobre los utensilios que lleva el número 11 y que son ridículos, papeleras y carteras, con cifras muy bonitas, las cuales en sedas grises diagonales resultan muy bonitas.



FIG. 7.—TRABAJOS PARA DAMAS.

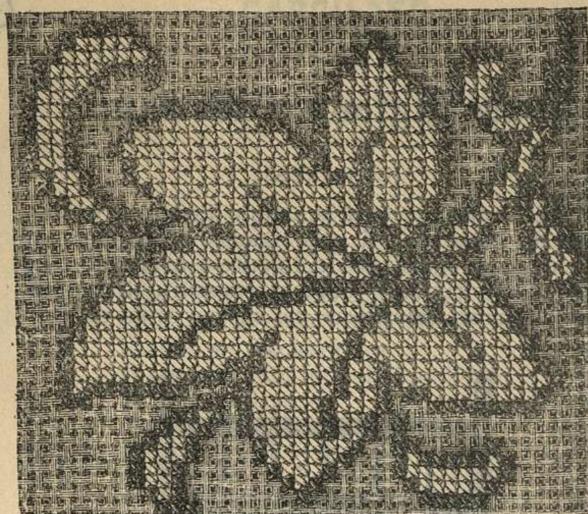


FIG. 9.—BORDADO PARA CUBIERTA DE MESA.

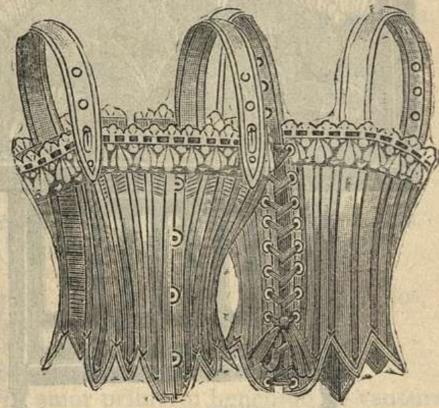


FIG. 10.—CORSETS ULTIMA NOVEDAD.

Otro pago de \$4,779.30 de "La Mutua" en Acambay.

Timbres por valor de \$4.78 cts. debidamente cancelados.

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company, of New York» la suma de \$4,779.30 cts., plata mexicana, así \$8,000, suma asegurada, y \$1,779.30 cts, por devolución de los premios pagados, en pago total de cuantos se derivan de la póliza núm 421,842, bajo la cual y á mi favor estuvo asegurado mi finado señor padre Don Galo del Mazo y Conde, y para la debida constancia en mi carácter de beneficiaria nombrada en la póliza, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación, en Acambay á 12 de Mayo de 1899.

Firmado.—EUFEMIA DEL MAZO Y V. DE MAZO. | Rúbrica.

Un timbre de \$0 50 cts. debidamente cancelado. El C. Eufemio Arcos, Presidente del H. Ayuntamiento de esta municipalidad.

Certifica y da fé: que la persona que suscribe el recibo que antecede es la misma á que se refiere esta póliza.

Y por constarme la personalidad, lo certifico en Acambay á los veinte y dos días del mes de Mayo de mil ochocientos noventa y nueve.

Firmados.—E. ARCOS.—RAMON GUZMAN, Srío.— Rúbricas.



FIG. 11.—UTENSILIOS CON LABORES DE MANO.